



HISTORIAS DE MI BARRIO ANTONIA SANTOS

Exposición itinerante



Prosperidad Social



Centro Nacional
de Memoria Histórica

HISTORIAS DE MI BARRIO ANTONIA SANTOS

Exposición itinerante



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Historias de mi barrio Antonia Santos. Exposición itinerante

Rodrigo Mogollón Caballero
Zulma Rocío Romero Leal
Investigador e investigadora

Daniel Dorado Gaviria
Museólogo

Diego Sandoval Piñeros
Asistente de investigación

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

María Gaitán Valencia
Ana María Trujillo Coronado (e) (agosto-septiembre 2022)
Rubén Darío Acevedo Carmona (2019 - julio 2022)

Dirección general

Álvaro Villarraga Sarmiento
Carlos Mario López Rojas (e) (agosto-noviembre 2022)
Alex Alberto Moreno Pérez (noviembre 2021-julio 2022)
Jenny Juliet Lopera Morales (2020 - octubre 2021)

Dirección Técnica para la Construcción de la Memoria Histórica

Nidia Patricia Viteri Rojas
Carolina Restrepo Suesca (2018-2022)
Coordinación de la Estrategia de Reparaciones

Historias de mi barrio Antonia Santos. Exposición itinerante

Daniel Fernando Polanía Castro

Profesional especializado Estrategia de Comunicaciones

Santiago Gallego Franco

Corrección de estilo

Felipe Alarcón Correa

Fotografía

Kevin Nieto Vallejo

Ilustración y diagramación

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Carrera 7 n.º 32-42, pisos 30 y 31 Bogotá, Colombia

Código Postal 110421

PBX: (571) 7965060

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D. C. – Colombia

Cómo citar

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2023). *Historias de mi barrio Antonia Santos. Exposición itinerante*. CNMH.

Este informe es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Contenido

Introducción.....	8
El conflicto armado en la ciudad de Cúcuta.....	12
Introducción exposición salón polifuncional.....	21
Barrio Los Olivos	43
Barrio Sabana Verde	51

Barrio Antonia Santos	55
Sector La Carolina	63
Sector Brisas del Mirador	69
Referencias	76

Introducción

El presente catálogo hace parte de la exposición itinerante «Historias de mi barrio Antonia Santos», construido en la implementación del componente simbólico del Plan Integral de Reparación Colectiva (PIRC) del sector Antonia Santos que le fue encargado al Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). En el plan se le solicitó al CNMH «aunar esfuerzos para incluir un espacio de memoria, historia colectiva, en el salón comunitario de Antonia Santos», donde se reconozcan los hechos ocurridos en esta comunidad en el marco del conflicto armado colombiano.

Para dar cumplimiento a esta medida, la Estrategia de Reparaciones del CNMH inició en el segundo semestre del 2021 un ejercicio de revisión documental para establecer un contexto general de los hechos perpetrados por los actores armados que hicieron presencia en esta zona de Cúcuta. En el mes de septiembre de ese mismo año, se realizó la concertación con las y los integrantes del Comité de Impulso, en la que se acordó el desarrollo de un lugar de memoria extendido por el territorio del sujeto de reparación colectiva, compuesto por las y los habitantes de los barrios Los Olivos, Sabana Verde, Antonia Santos, el sector La Carolina y el sector Brisas del Mirador.

En esta concertación se estableció que el proceso de reparación simbólica buscaría reconocer los liderazgos que les permitieron a los habitantes vivir y sobrevivir en esta zona de Cúcuta, en condiciones de pobreza, en un contexto de frontera, con presencia de actores armados legales e ilegales que se disputaron el control del territorio, y la manera en que esto afectó la vida cotidiana de cada una de las personas que viven en estos barrios.

Entre el segundo semestre del 2021 y julio del 2022 se desarrollaron cinco talleres de memoria, siete entrevistas individuales, dos talleres de fotografía y dos recorridos de memoria, en los que participaron mujeres y hombres residentes y vecinos de los barrios que componen el sujeto de reparación colectiva (SRC).

A lo largo de este proceso, la participación de la comunidad fue fundamental, al compartir testimonios sobre la fundación de cada barrio y los hechos más recientes de su historia. Estos relatos permitieron visibilizar más de 48 años de trabajo comunitario y la autogestión que ha permitido construir barrio, promover acciones para vivir dignamente y sobrevivir al conflicto armado, a sus daños e impactos y a la estigmatización de sus habitantes.

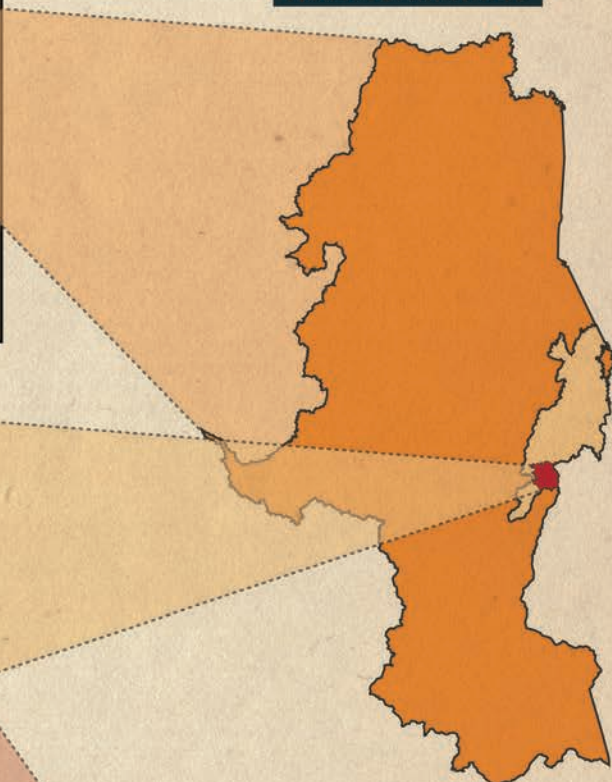
Las historias que nos contaron se presentan en este catálogo y en los dieciocho paneles expositivos que están distribuidos en el espacio de memoria del Salón Polifuncional de Antonia Santos y en los cinco sectores que componen el SRC. Aquí, a partir de un apartado de contexto sobre lo sucedido en el marco de la guerra en la capital de Norte de Santander, los relatos de los vecinos y las vecinas del sector, las ilustraciones que recogen los hechos de violencia vividos por esta comunidad, las fotografías de archivo y las fotografías realizadas en la actualidad, se reconstruye esta historia.

El CNMH espera que esta medida de reparación simbólica permita reconocer la historia de cientos de hombres y mujeres que siguen apostándole a vivir en paz en su barrio, compartiendo en las calles con tranquilidad y esperanza.

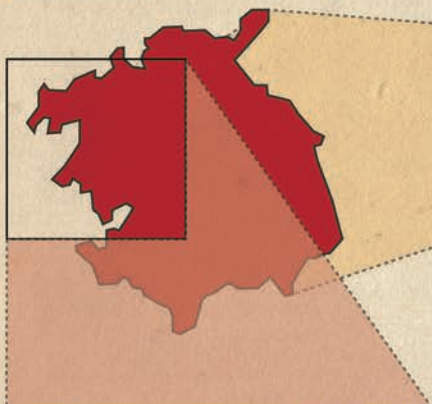
REPÚBLICA DE COLOMBIA



NORTE DE SANTANDER



ZONA URBANA DE CÚCUTA



- ① Antonia Santos
- ② Brisas del Mirador
- ③ Los Olivos
- ④ Sabana Verde
- ⑤ La Carolina
-  Cerro Jesús Nazareno
-  Aeropuerto Int. Camilo Daza

**SUJETO DE REPARACIÓN COLECTIVA
SECTOR ANTONIA SANTOS**

El conflicto armado en la ciudad de Cúcuta

Debido a su riqueza en recursos naturales y a su importancia geográfica, al ser un territorio de frontera con Venezuela, diversos actores armados ilegales han hecho presencia en Norte de Santander; la ciudad de Cúcuta se ha visto afectada por las dinámicas del conflicto armado en el departamento. Según el Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC) (2023), entre 1968 y 2023 se han registrado 5.359 víctimas, de las cuales 3.942 fueron fatales, resultado de las acciones de los actores armados legales e ilegales.

Los primeros actores armados ilegales en establecerse en el departamento fueron las guerrillas, en la década de los setenta, con la llegada del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Este grupo, que provino del Magdalena Medio, buscó establecerse en la frontera con Venezuela y se fortaleció en la década de los ochenta a partir de la creación de los frentes Armando Cagua Guerrero y Efraín Pabón Pabón, situación que le permitió mantenerse como el actor hegemónico en el departamento hasta mediados de los noventa, cuando las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP), por medio del Frente 33, asumieron este rol en gran parte del territorio hasta su desmovilización en 2016.

La primera acción reportada del ELN en Cúcuta ocurrió en 1968 (OMC, 2023), pero la fuerza de este grupo guerrillero cobró importancia con la creación del Frente Juan Fernando Porras Martínez y el Frente Carlos Velasco Villamizar, que actuaron en la ciudad (Villarraga, 2005). La presencia del ELN en Cúcuta y Ocaña inició con reuniones de formación y adoctrinamiento que tenían como objetivo establecer redes de información y configurar milicias urbanas. Según el informe nororiental de la Comisión de la Verdad, el accionar de este grupo guerrillero estuvo marcado fuertemente por un componente de propaganda que en muchas ocasiones pasó del convencimiento a la coerción de la sociedad civil (CEV, 2022).

En Cúcuta, el ELN hizo presencia en las zonas rurales y en los barrios más alejados de la ciudad, así como en aquellos donde había mayores índices de pobreza. La ciudad se convirtió en un lugar deseable para la guerrilla debido a su ubicación

en la frontera y al comercio; dado el auge de este último, desde finales de los ochenta el ELN secuestró y extorsionó a comerciantes (Villarraga, 2005). Según el OMC (2023), esta guerrilla secuestró a 71 personas en la ciudad entre 1982 y 2016. Además, entre 1968 y 2023 el ELN fue responsable de 151 asesinatos selectivos, 3 masacres en las que fueron asesinadas 25 personas, y 3 atentados terroristas en los que murieron 14 personas. Esta guerrilla, además, cometió 95 ataques contra bienes civiles en los que utilizó artefactos explosivos y material incendiario para destruir principalmente automóviles, buses de servicio público, torres de energía y tramos del oleoducto Caño Limón-Coveñas. Se registraron también 5 casos de desaparición forzada, 2 de reclutamiento forzado de niños, niñas y adolescentes, y 1 de violencia sexual. Por las particularidades de estas modalidades de violencia, es importante señalar que hay un subregistro de información significativo.

Tras el ELN, el Ejército Popular de Liberación (EPL) arribó al departamento en la década del ochenta y actuó mediante el Frente Libardo Mora Toro, que luego dio origen al Frente Ramón Gilberto Barbosa (García y Trejos, 2021). En Cúcuta, su presencia se fortaleció en la segunda mitad de la década de los ochenta, y se centró en fortalecer su presencia urbana con redes de información y milicias urbanas a través de las que obtenían recursos de la extorsión y los secuestros. Durante esta década, en el marco de la tregua establecida con el Gobierno, los integrantes del EPL se concentraron en los municipios de Convención, Ocaña, Tibú y la ciudad de Cúcuta, donde tuvieron un papel político relevante en la búsqueda de una Asamblea Nacional Constituyente. El 1.º de marzo de 1991, este grupo firmó a nivel nacional un acuerdo de paz que tuvo a Cúcuta y a los municipios de Los Patios y Villa del Rosario como lugares de firma y protocolización del desarme (Villarraga, 2005). A pesar de la desmovilización de la mayor parte de la estructura armada, se mantuvo una disidencia que hasta la fecha actúa en la provincia de Ocaña y el Catatumbo. Este grupo disidente se identifica como Los Pelusos y, según diversas fuentes, está vinculado a la economía cocalera y a los cobros por contrabando en la frontera (Ideas para la Paz, 2017; García y Trejos, 2021; CEV, 2022).

Según las bases de datos del OMC (2023), el EPL es responsable de nueve asesinatos selectivos y ocho secuestros. Se registran tres combates con el Ejército Nacional en los que murieron doce combatientes. Las disidencias del EPL registran, entre 1992 y 2018, quince secuestros, cuatro asesinatos selectivos, cuatro casos de quemaduras de vehículos y la explosión de un petardo en el barrio La Merced, tres enfrentamientos con el Ejército Nacional y un ataque contra la Cárcel Nacional Modelo de Cúcuta en el 2000.

Por su parte, las FARC-EP llegaron a Norte de Santander a través del Frente 33, específicamente a la provincia de Ocaña y al Catatumbo. En este departamento, la guerrilla cometió diversos ataques contra la población civil, entre los que se encuentran asesinatos selectivos, extorsiones y secuestros. Se involucró también en el control del negocio de la coca en buena parte del territorio. Según Villarraga (2005), a finales de los noventa se intensificaron en esta región las hostilidades militares, como las tomas a poblaciones y acciones guerrilleras en la ciudad de Cúcuta, y los enfrentamientos con la fuerza pública en zonas rurales de la ciudad. Según el OMC (2023), las FARC-EP fueron responsables de 27 asesinatos selectivos y 24 ataques a bienes civiles, entre los que se encuentran quemas a vehículos particulares, buses intermunicipales, torres de energía, peajes, puentes y tramos del oleoducto Caño Limón-Coveñas; la mayor parte de estos hechos se presentaron en las vías intermunicipales vía Tibú, Petrolea, Campo 2 y Pamplona. Se registraron, de igual forma, 14 secuestros, 4 desapariciones forzadas, 2 hechos de reclutamiento de niños, niñas y adolescentes, y 8 combates entre esta guerrilla y agentes de la Policía y miembros del Ejército Nacional.

De esta manera, las guerrillas del EPL, las FARC-EP y, con mayor fuerza, el ELN, tuvieron presencia y ejercieron control social en ciertos barrios de Cúcuta. Las guerrillas se aprovecharon de las condiciones de pobreza en las que vivían los habitantes de este departamento para poder establecerse en la zona a través de un discurso social reivindicativo. A través del trabajo con las comunidades, se insertaron en sus dinámicas, regularon la vida cotidiana y, finalmente, se impusieron como autoridad (Villarraga, 2005; CEV, 2022). Esto fue importante para contar con zonas de retaguardia donde llevar a cabo acciones urbanas. Ejemplo de ello fue el intento de toma de la ciudad por parte de una guerrilla sin identificar en 1998. Según El Tiempo (1998), el 4 de agosto de ese año se presentaron cinco ataques simultáneos en la ciudad que tuvieron como objetivo el DAS, una estación de policía, la Cárcel Modelo, intermediaciones de Telecom y el Grupo Maza del Ejército. De acuerdo con el informe Tomas y ataques guerrilleros (1965-2013) (CNMH, 2016), el atentado contra la estación de policía se dio a través de la explosión de un carro bomba (para la década, se había configurado como una de las armas no convencionales que utilizaban las guerrillas en varios lugares del país).

A finales de los noventa, el control ejercido por los grupos guerrilleros en el departamento fue disputado por los grupos paramilitares que ya habían empezado a adelantar acciones esporádicas a través de las Autodefensas del Sur del César y las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU), que buscaban controlar las

economías asociadas al narcotráfico, el contrabando y combatir a las guerrillas. Así, el accionar de los grupos paramilitares en el departamento y la ciudad se relacionó con el control de la economía del narcotráfico, el contrabando de gasolina y sus redes de distribución, y las extorsiones a comerciantes y ganaderos (CEV, 2022; CNMH, 2023).

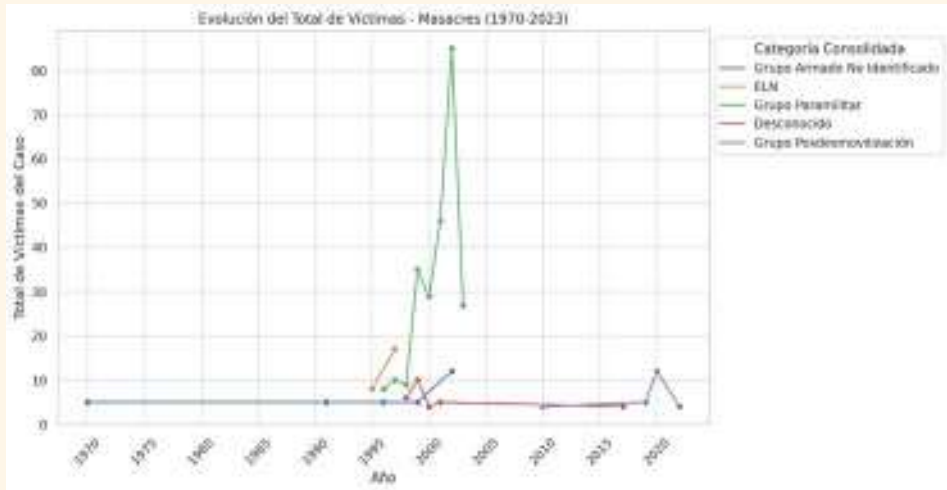
El accionar de los grupos paramilitares en la ciudad de Cúcuta y su área metropolitana inició en 1999, a través del Frente Fronteras dirigido por Jorge Iván Laverde Zapata, alias el Iguano. A partir de ese momento, la ciudad vivió una escalada de acciones violentas contra la población civil, como se observa en las cifras recopiladas por el OMC (2023) respecto a los hechos victimizantes de mayor ocurrencia en Cúcuta en el periodo 1970-2023, a saber: asesinatos selectivos (figura 1), masacres (figura 2) y desapariciones forzadas (figura 3). La información aquí contenida constata que el periodo de mayor violencia en la ciudad fue entre 1998 y 2005 —lo que coincide con la consolidación del paramilitarismo—, cuando, además de los hechos mencionados, hubo desplazamiento forzado, amenazas y violencia sexual, entre otras violencias. Las comunidades denunciaron la permisividad y el apoyo de la fuerza pública (exmilitares, expolicías y fuerza activa de ambas fuerzas, así como algunas autoridades administrativas) (Villarraga, 2005; CNMH, 2023). Lo anterior permitió, a través del Bloque Catatumbo de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), la consolidación del control paramilitar en el departamento durante los primeros años del siglo XXI (García y Trejos, 2021).

Figura 1. *Asesinatos selectivos*



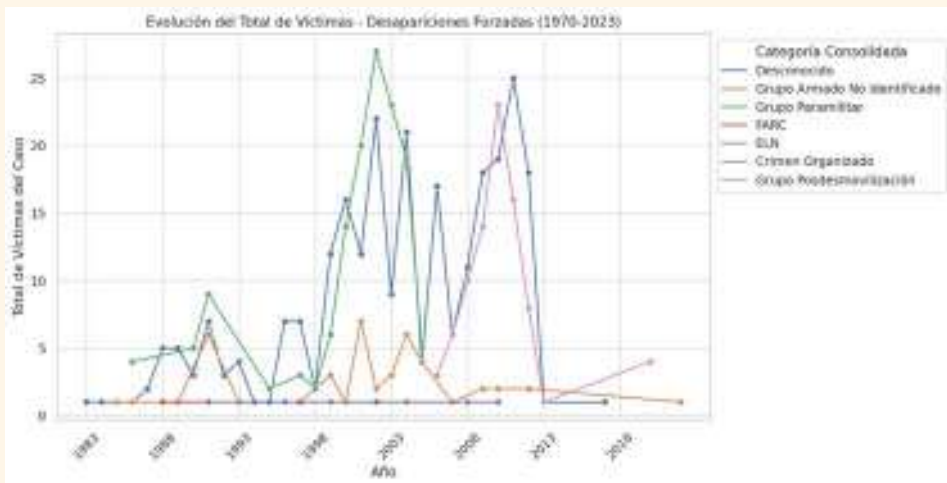
Fuente: Bases de datos Observatorio de Memoria y Conflicto.

Figura 2. Masacres



Fuente: Bases de datos Observatorio de Memoria y Conflicto.

Figura 3. Desapariciones forzadas



Fuente: Bases de datos Observatorio de Memoria y Conflicto.

A diferencia de lo ocurrido en el Catatumbo, en Cúcuta no hubo enfrentamientos entre este grupo paramilitar y las guerrillas. En la ciudad, los paramilitares se valieron de las bandas locales Los Polleros, que delinquirían bajo la autorización de las ACCU (CNMH, 2023), y Surca, que controlaban el negocio del microtráfico

de la ciudad, la comercialización de objetos robados (carros y mercancía textil), así como el cobro por el paso de contrabando entre Venezuela y Colombia. Otra estrategia utilizada por las autodefensas fue la cooptación de exguerrilleros del ELN que daban información sobre los milicianos que había en la ciudad, así como de sus colaboradores y familiares. Con base en esta información, con lista en mano, los paramilitares persiguieron y asesinaron a muchas de estas personas (CEV, 2022; CNMH, 2023). Al apoderarse del territorio, el Frente Fronteras diversificó sus actividades criminales y controló algunas empresas de vigilancia que contribuían con inteligencia al grupo armado. Sin embargo, Orlando Vásquez Velásquez, alias Surca, no quiso someterse a las AUC y esto desató una guerra en la que finalmente las autodefensas lo asesinaron y se hicieron al control de la ciudad (CEV, 2022).

En cuanto a su accionar, los grupos paramilitares fueron responsables de 51 masacres, en las que asesinaron a 253 personas, y de 2.355 asesinatos selectivos (OMC, 2023). Según la Comisión de la Verdad (2022), entre estos últimos se cuentan líderes y lideresas de diversa índole como Fedecomunal, una organización que agrupaba 33 juntas de acción comunal en Cúcuta y su área metropolitana. En esta colectividad, la persecución por los paramilitares provocó, además de los asesinatos, el desplazamiento de sus integrantes y acabó con las brigadas comunales, que fueron fundamentales para el mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes de muchos barrios como el Antonia Santos. Se persiguieron los liderazgos cívicos y comunitarios, y a los políticos que tenían propuestas alternativas o eran concebidos como competencia de quienes eran apoyados por los paramilitares. En muchas ocasiones, la estrategia consistió en asociarlos con ideas insurgentes, vincularlos con las guerrillas y, de esa forma, convertirlos en objeto de amenazas e incluso asesinarlos. Esto ocurrió con el político y exsacerdote Pauselino Camargo, reconocido como un líder del barrio Antonia Santos que logró convertirse en alcalde de Cúcuta (1995-1998) y que fue asesinado el 2 de febrero de 2000, lo que afectó profundamente al movimiento comunitario en la ciudad. Por este homicidio fue responsabilizado Jorge Iván Laverde, alias el Iguano, comandante del Bloque Fronteras (Verdad Abierta, 2009; CEV, 2022).

De esta forma, se puede ver que la presencia de los actores armados ilegales en el área urbana de Cúcuta tuvo siempre a la población civil en medio de sus acciones. Las guerrillas, a través de su presencia, accionar y control territorial, buscaron relacionarse con algunos sectores de comerciantes, transportadores, conductores, tenderos y ciudadanos, en algunos casos logrando un apoyo legítimo. Diferente fue el accionar de los grupos paramilitares que se establecieron en la ciudad: estos se

caracterizaron por ejercer acciones de castigo contra la población civil, al considerarla cercana a las guerrillas, y establecieron redes de informantes que tuvieron efectos negativos en el tejido social. Esto se observa en la sevicia de sus acciones, como lo demuestra la adecuación de hornos crematorios para desaparecer los cuerpos de las víctimas. Entre 2001 y 2003, fueron incinerados cerca de 500 cuerpos en estos hornos ubicados en el corregimiento de Juan Frío, en el municipio de Villa del Rosario, y en la vereda Pacolandia, del corregimiento de Banco de Arena, en zona rural de Cúcuta (CEV, 2022). Según el OMC, durante los años del control paramilitar de Cúcuta, los paramilitares fueron responsables de 143 casos de desaparición forzada, 15 secuestros, 1 hecho de reclutamiento forzado a niños, niñas y adolescentes, y 40 hechos de violencia sexual. Sin embargo, como ya se aclaró, dadas las particularidades de estas modalidades de violencia, hay un subregistro de información significativo.

Posteriormente, en el marco de las negociaciones de las AUC con el Gobierno nacional, en la búsqueda de un cese al fuego desde el 2003, el número de masacres disminuyó, pero continuaron los asesinatos selectivos, que tuvieron como objetivo a líderes sociales, comunales, personas de la oposición política, delincuentes comunes y habitantes de calle, entre otros. Finalmente se produjo la desmovilización del Bloque Catatumbo de las AUC el 10 de diciembre de 2004. Sin embargo, luego de este proceso persistieron las acciones de estos grupos en la región (Villarraga, 2005).

Tras la desmovilización formal de las AUC se dio una reconfiguración en la dinámica del conflicto en Cúcuta. Según el informe nororiental de la Comisión de la Verdad (2022), en 2007 aparecieron en escena nuevos grupos. El primero de estos fue las Águilas Negras, un grupo armado comandado por exparamilitares del Bloque Catatumbo y el Bloque Norte de las AUC, y que vigilaba y participaba del comercio ilegal de cocaína, combustible y mercancías en el paso fronterizo por el municipio de Villa del Rosario, que hace parte del área metropolitana de Cúcuta. Posteriormente aparecieron Los Rastrojos, otra banda criminal que ya operaba en el occidente del país y que inició acciones para disputarle el control a las Águilas Negras en la región (Verdad Abierta, 2008).

De esta manera, inició una disputa entre las Águilas Negras y Los Rastrojos, en la que estos últimos se consolidaron por encima del enemigo y ganaron mayor control territorial hasta absorber por completo a los miembros de las Águilas Negras en 2010. Desde entonces, la ciudad se ha visto envuelta en una serie de disputas entre grupos criminales como Los Urabeños, Los Canelones, Los Carteludos, Los Diablos y Los Cebolleros, que han controlado actividades de contrabando,

microtráfico y extorsiones en Norte de Santander, así como acciones de intento de retomar el control por parte del ELN y disidencias de las extintas FARC-EP (CEV, 2022). En estas disputas, el OMC ha registrado 26 combates entre dichos grupos y en ocasiones con la fuerza pública, que han arrojado como resultado el asesinato de 10 civiles y 26 combatientes muertos. Asimismo, el OMC registró, para el periodo 2006-2022, 265 asesinatos selectivos, 5 masacres con 25 víctimas fatales, 72 desapariciones forzadas, 9 secuestros, la quema de 3 vehículos y 16 hechos de violencia sexual.

El anterior contexto recoge algunas de las particularidades del complejo conflicto armado que se ha vivido en la capital del departamento de Norte de Santander, donde se anclan los relatos que hacen parte de este catálogo de la exposición itinerante *Historias de mi barrio: Antonia Santos*. Aquí, las y los habitantes de los barrios Los Olivos, Sabana Verde, Antonia Santos y los sectores de La Carolina y Brisas del Mirador narran cómo los procesos organizativos y de autogestión que emprendieron a finales de la década del setenta se han visto afectados por el accionar de los distintos actores armados que han hecho presencia y ejercido control de Cúcuta, y la forma en que han logrado resistir a estos y seguir construyendo sus barrios.



BANG!



Línea de tiempo:

Conflicto armado en la ciudad de Cúcuta

1981

Llegada del Frente Libardo Mora Toro del EPL a Norte de Santander.

1993

El ELN asesinó Eustorgio Colmenares, fundador del diario la Opinión de Cúcuta, el 12 de marzo.

1995

Se creó el Frente Carlos Germán Velasco Villamizar del ELN, el cual que empezó a hacer presencia en el área metropolitana de Cúcuta.

1998

Intento de toma a Cúcuta por parte de las guerrillas. Ocurrieron cinco ataques simultáneos en contra del DAS, el CAI del barrio Aeropuerto, la cárcel Modelo, cerca de Telecom, y en el Grupo Maza del Ejército.

2000

Paramilitares asesinaron al exsacerdote Pauselino Camargo el 2 de febrero. Esta persona fue alcalde de Cúcuta (1995-1998) y líder del barrio Antonio Santos.

A lo largo del año ocurrieron 8 masacres, de las cuales 7 son atribuidas a grupos paramilitares. De las 33 personas asesinadas en total, 30 fueron víctimas de los paramilitares.

1968

Primera acción bélica del ELN en Cúcuta.

1991

Fue creado el Frente Juan Fernando Porras Martínez del ELN, el cual empezó a hacer presencia en Cúcuta.

El EPL se desmovilizó el 1 de marzo.

1994

El 9 de enero de este año fue cometida una masacre por un grupo guerrillero sin identificar en la ciudadela Juan Altaya.

1997

Un grupo armado desconocido cometió la masacre en billares El Estanco. 5 personas fueron asesinadas.

La guerrilla de ELN activó dos carros bomba el 17 de marzo.

1999

Incursionó por primera vez el Frente Fronteras de las AUC en Cúcuta. El 6 de agosto este grupo realizó su primera masacre en la ciudad, en el barrio Belisario. En este hecho fueron asesinadas 4 personas.

Entre agosto y diciembre ocurrieron 10 masacres, de las cuales 7 son atribuidas a grupos paramilitares. Fueron asesinadas 50 personas en total, 35 de estas víctimas de los paramilitares.



2011

Llegada de Los Urabeños a Cúcuta.

2006

Se configuran grupos armados residuales de los paramilitares. Inicia la presencia de las Águilas Negras en Cúcuta, se dan a conocer a través de panfletos.

2004

El 10 de diciembre se desmovilizó el Bloque Catatumbo de las AUC. Este Bloque estaba conformado por 1.425 hombres al momento de su desmovilización.

2002

Atentado del ELN. 13 de noviembre.

Ocurrieron cuatro ataques con granadas; dos en la ciudadela Juan Atalaya, contra casas de pobladores; uno en el centro comercial La Sexta, y otro en el barrio Quinta Oriental, contra la casa de un abogado.

Este año ocurrieron 42 masacres en Cúcuta, en las cuales murieron 154 personas. El Frente Fronteras del Bloque Catatumbo realizó seis masacres en los barrios Carlos Ramírez, La Victoria, Cecilia Castro, Juan Atalaya y Cenabastos en las que fueron asesinadas 27 personas.

2017

En junio de este año se dio por terminado el proceso de dejación de armas por parte de las FARC.

2007

Los rastros inician operaciones en Cúcuta.

2005

Fue asesinado Jorge Díaz, director del DAS en Cúcuta, por exmiembros de las AUC.

2003

El 5 de marzo ocurrió un ataque indiscriminado del ELN con un coche bomba. 70 personas resultaron lesionadas.

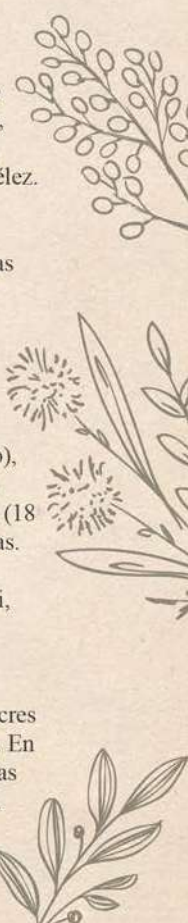
Paramilitares del Bloque Catatumbo asesinaron a Alfredo Enrique Flórez, asesor de la alcaldía de Cúcuta, y al candidato a la gobernación, Tirso Vélez.

El Bloque Catatumbo cometió 5 masacres, con un total de 27 personas asesinadas durante este año.

2001

El Bloque Catatumbo realizó dos masacres. La primera ocurrió en el barrio Antonia Santos (22 de febrero), dejando a 7 personas asesinadas. La segunda sucedió en el barrio Sevilla (18 de mayo), donde murieron 4 personas. Este mismo año los paramilitares asesinaron a Ivan Villamizar Luciani, defensor del Pueblo de Cúcuta.

Se tiene registro de 11 masacres ocurridas este año. 10 de estas masacres son atribuidas al Bloque Catatumbo. En estas 46 de las 51 personas asesinadas fueron víctimas de los paramilitares.





Introducción exposición salón polifuncional

¡Hola! Soy **Antonia Santos**, heroína santandereana y encargada de contarte la historia de este sector tan importante de Cúcuta. Esta exposición es de todos, pues se trata de la historia de la comunidad, la que tú o tus familiares vivieron o, tal vez, escucharon. Como verás a lo largo de esta historia de trabajo duro y valentía, la unión entre vecinos y el anhelo por mejorar su calidad de vida han sido el motor que ha impulsado a hombres y mujeres de este sector, quienes hacen gala de la berraquera que nos caracteriza a las y los nortesantandereanos. Por esta razón, me parece importante empezar a contarte la historia desde aquí, hablando de ese trabajo comunitario y de autogestión que la comunidad ha realizado por más de cuarenta y ocho años y que les permitió construir sus barrios, promover acciones para vivir dignamente y sobrevivir al conflicto armado y a la estigmatización de sus habitantes.

Para que conozcas en detalle cómo se logró todo esto, empezaré por contarte la historia de la llegada de los primeros habitantes; la forma como, ladrillo a ladrillo, construyeron el barrio; cómo se organizaron para vivir en medio de condiciones adversas y cómo sobrevivieron a la presencia y los daños ocasionados por distintos grupos armados legales e ilegales que han hecho presencia en el sector.

Como verás, el barrio Antonia Santos creció tanto que años más tarde se consolidó en su interior el sector La Carolina y se formaron los barrios Los Olivos y Sabana Verde, y, hacia la zona del cerro Jesús Nazareno, se fundó el sector Brisas del Mirador. Pero eso ya te lo contaré con más detalle si sigues la exposición que se encuentra en cada uno de estos lugares.





«Llegamos sin nada y tuvimos que organizarnos para conseguirlo todo»

«Yo empecé a pensar en mi mente: debo tener un lugar en donde vivir con mis hijos, porque uno la vida no la tiene comprada, en cualquier momento se va y espera que los hijos no queden en la calle», me dijo Ana, vecina de Antonia Santos.

...

Así como Ana, muchos hombres y mujeres llegaron a mediados de la década del setenta al territorio que hoy se conoce como sector Antonia Santos, una zona de Cúcuta que en aquella época se encontraba mucho más allá del barrio San Miguel, el más lejano al occidente de la ciudad.

En ese momento aquí solo había algunas fincas, unos cuantos ranchos, cujíes, cactus, espinos, pringamozas, piedras y barro... todo era lo que hoy se conoce como «bosque seco»; así era hasta donde llegaba la vista.

Algunos de los primeros pobladores de este sector recuerdan que para mediados de 1974 empezaron a llegar las primeras familias; algunas venían de diversas zonas de Cúcuta con el anhelo de tener su casa propia, y otras, como muchas de las que se asentaron a lo largo de las décadas siguientes, venían desplazadas por la violencia que se vivía en otros municipios del departamento de Norte de Santander. Unos llegaron de Hacarí, Teorama, Gramalote, Sardinata, Salazar, El Zulia, Ocaña y Durania. Otros vinieron de más lejos, desde Arauca y hasta del Valle del Cauca.

Quienes bautizaron este barrio en mi honor, y sus descendientes, recuerdan que a lo largo de la historia de la ciudad se ha hablado mucho sobre el origen del sector Antonia Santos. Hasta hubo quienes dijeron que al principio este lugar había sido un basurero, pero la verdad es que para mediados de los años setenta había alrededor de quince familias establecidas en ranchitos, alejados unos de otros, un par de fincas grandes y un camino real por el que transitaban personas y bestias. Lo que hoy se conoce como Los Olivos, Sabana Verde y parte de Antonia Santos era «puro monte y culebra», como me contaron los primeros habitantes. El cerro, donde hoy queda Brisas del Mirador, era un lugar para ir a recoger frutas de las tunas, escobilla para la casa y orégano para condimentar las rellenas los fines de semana.

El poblamiento del barrio no se dio de manera uniforme; las familias que empezaron a llegar a este sector se establecieron en lotes que compraron o intercambiaron por tierras en diversas zonas del país. También estaban quienes

fueron invadiendo tierra a lo largo de las dos décadas siguientes (algunas veces, quitando los alambres de las cercas de terrenos baldíos para abrirse un espacio). Luis, vecino de Antonia Santos, me dijo: «La comunidad, viéndose con tanta necesidad, con tanta pobreza, no tenía dónde vivir, entonces las personas se pusieron de acuerdo y comenzaron a llegar y a quitar el alambre hasta el cerro; así también fue que comenzó a vivir el barrio».

En esta misma década, a la par que se buscaba conseguir la personería jurídica del barrio —se logró el 16 de abril de 1975—, algunos habitantes empezaron a organizarse para mejorarlo, pues se dieron cuenta de que debían realizar algunos arreglos para quedarse a vivir aquí y para que sus familias contaran con todo lo necesario para hacerlo.

Promovieron estas acciones entre otras personas: Antonio Ronderos, Alfonso Trejos, Daniel Rodríguez, María Teresa Grimaldo, Ángela Díaz, Luis José Rodríguez, José Miguel Estupiñán, Pedro Alfonso Colmenares, Rosa Rodríguez, Honorio Jaramillo y Samuel Peñaranda. A finales de los años setenta se escuchaba al señor Ronderos en su «chicharrita» —así le decían a su carro— gritando por los caminos reales y motivando a la gente: «¡Vamos a reclamar nuestros derechos! ¡No es justo que aquí los habitantes del barrio estemos pasando por esto!». Esas eran sus palabras para denunciar que carecían de agua potable y que, para abastecerse de ella, debían ir cargando pesados potes a otros barrios como Kennedy, Claret y Motilones. Al final, la comunidad construyó el tanque comunal.

Así como él, muchos otros empezaron a movilizarse y a participar en reuniones que se realizaban en el Ranchón, hablaban con sus familias y gestionaban ayudas ante la Gobernación de Norte de Santander y la Alcaldía de Cúcuta. Esta práctica se mantuvo a lo largo de los años. Héctor, un vecino de Antonia Santos, me dijo: «Mire, aquí, desde que inició el barrio, a nosotros nos tocaba rebuscarnos la ayuda en todo lado. Cuando eso existía era Empresas Públicas Municipales, ¿entonces qué sucedía? Pues estaba el concejal amigo, estaba el diputado amigo, le tocaba a uno ir a hablar con ellos: “Esto, venga, mano, necesitamos una máquina, necesitamos grava, necesitamos esto y lo otro”, y nos decían: “Bueno, ustedes saben que aquí no hay sino dos o tres máquinas, el que esté a tal hora, le despachan y ahí se tiene en cuenta a medida que vayan llegando”. Entonces nos tocaba llegar a la madrugada».

Buscar este tipo de apoyo fue fundamental en varios procesos comunitarios, como en la construcción del alcantarillado y del acueducto, en la pavimentación de las vías y en la conexión de la luz, entre otros. Más adelante les contaré con



más detalle sobre esto. El trabajo de gestión ante diferentes entidades del Estado se complementó con las acciones que otros vecinos del barrio emprendieron con empresas privadas. Aquí se pidió apoyo de todo el mundo: de la empresa que hacía tejas, de los chircales de Santa Rosa para conseguir ladrillos, y de los Galvis y los Garavito en el depósito de materiales; también se iba a las fábricas de tubos, donde se compraban unos y se pedían regalados otros.

Aquí todo el mundo se metía la mano al dril. Aunque se trataba de personas de escasos recursos que vivían en su mayor parte del trabajo informal y del diario, cuando podían decían: «Yo pongo estos trescientos pesos, usted verá qué hace con ellos», «Yo pongo una volquetada de arena», «Yo me encargo de pedir casa por casa para hacerles el almuerzo a los que están trabajando», «Nosotras hacemos la comida y también echamos pala». Hasta los niños y las niñas ayudaban después de la escuela o los fines de semana.

Pero aquí no solo se hacía el trabajo a través de la Junta de Acción Comunal; cuando esta empezó a dejar de funcionar —porque tuvo sus épocas complicadas—, la gente se unió y siguió bregando por conseguir cosas, como sucedió con la Fundación de Amigos de Antonia Santos, una iniciativa cívico-comunal que acompaña hasta hoy acciones que buscan controlar y hacerles veeduría a los proyectos que se desarrollan en el barrio, y garantizar el ejercicio de los derechos de las y los ciudadanos.

Estas acciones individuales y colectivas son las grandes protagonistas de esta historia, de la historia del gran barrio Antonia Santos. «Porque no fue una persona, han sido muchos hombres y mujeres que poco a poco, con todo su interés, le han apostado a cambiar la cara del barrio, a salir de la pobreza», según me dijo Arturo, vecino de Antonia Santos.

*«Ladrillo a ladrillo fuimos
construyéndolo todo»*

Los vecinos y vecinas me contaron que aquí la vida nunca ha sido fácil; aquí les ha tocado berraco, sobre todo por las precarias condiciones laborales de sus habitantes (condiciones que, en su mayoría, se mantienen en la actualidad). Este, desde siempre, ha sido un barrio obrero: algunos trabajaban en las fincas que había y otros trabajaban sacando arena del río. Como aquí hubo chircales, algunos



trabajaban en ellos procesando arcilla y haciendo ladrillos; otros tantos se dedicaban al comercio, vendían lotería, pescado, frutas y verduras en el centro, y cosas así. Con la plata que reunían en esos trabajos, la gente empezó a construir sus ranchitos, unos de bahareque, o sea de caña brava y barro, otros de madera y paroy, y con el paso del tiempo han ido reconstruyéndolos con otros materiales.

A finales de los años setenta y principios de los ochenta, el agua llegaba aquí porque la gente pagaba los viajes de los carrotanques (a \$5.000 pesos el viaje). Lo primero que la gente de Antonia Santos construyó fue un tanque comunitario por el lado de *Mata e Caucho*, y a principios de los ochenta algunos líderes, entre los que se encontraban Luis Cárdenas, Teresa Niño y Vicente Pedroza, promovieron la construcción de otro tanque al lado de la cancha de fútbol.

En ese entonces, la gente venía y llevaba el agua en pimpinas; también venía a lavar la ropa, pero ninguna de esas actividades era tarea fácil; a veces el agua no alcanzaba para todo el mundo o no siempre se conseguía quién la llevara, y los dueños de los carrotanques se iban con quienes les pagaran mejor el viaje, lo que complicaba las cosas.

Debido a las dificultades para acceder al agua potable —que habían aumentado en los primeros años de los ochenta—, la comunidad empezó a exigir la construcción del acueducto y del alcantarillado, porque, además de que no había agua potable, las aguas negras corrían por todo lado y las calles se inundaban cuando llovía, lo que hacía imposible vivir en el barrio. Lograr levantar el acueducto fue todo un proceso: me contaron que se hicieron caminatas, protestas, se cerraba y bloqueaba la autopista y hasta se hacía sancocho para compartir con quienes acompañaban la manifestación.

Se mandaron cartas, memoriales... fue una lucha que duró más de diez años. Hacia 1984, gracias a la presión de la comunidad, se había logrado construir la primera línea de alcantarillado/acueducto, que llegó hasta la calle 16. Las y los habitantes del sector y los dueños de los predios compraron los tubos para esta primera fase.

Es importante mencionar que, aunque hubo apoyo por parte del Estado, la comunidad tuvo que trabajar después para llevar el acueducto a otras zonas del barrio. La gente empezó a reunir fondos y a trabajar en toda la obra.

...



Óscar, vecino de Antonia Santos, me contó: «Yo me acuerdo de que con Honorio Pabón nos íbamos a las fábricas de tubos, nos regalaban unos, otros nos los vendían a precio cómodo y así logramos hacer la mayor parte del alcantarillado». De la misma forma ocurrió años después en las zonas de Los Olivos, La Carolina y Sabana Verde, y es una lucha que en la actualidad están dando los habitantes de Brisas del Mirador.

Durante estos primeros años de trabajo comunitario, las y los habitantes del barrio no solo se preocupaban por realizar acciones que permitieran transformar su entorno y mejorar su calidad de vida, sino que se interesaban por que sus hijos e hijas tuvieran las oportunidades que ellos no habían tenido a través del acceso a la educación. Daniel Rodríguez Roballo fue el primer líder en promover la formación de las y los jóvenes del sector, con la construcción autogestionada de la escuela Carlos Ramírez París, llamada así en homenaje al periodista, locutor y líder comunitario cucuteño asesinado el 11 de noviembre de 1977 en el barrio San Mateo.

Esta escuela existe desde el 1.º de mayo de 1976, año en que se construyó con algunos recursos de la Gobernación y con el apoyo de los padres y las madres de familia. Algunos años después, la comunidad recibió la noticia de que la escolita, que hasta ese momento constaba de dos piccitas, se ampliaría: «Eso fue una alegría muy bonita. Ahí nos dieron la información en la misa del domingo, para que todos los días los niños llevaran ladrillos. Así hicimos crecer esa escuela», me contó Luis, vecino de Antonia Santos.

La colecta de ladrillos por parte de los habitantes de Antonia Santos no fue exclusivamente para la construcción de la escuela; lo mismo sucedió con la construcción del puesto de salud que se hizo en frente del actual predio de la iglesia Nuestra Señora de Monguí. A esa práctica de juntar ladrillo a ladrillo se le conoce en todo el barrio como «la marcha del ladrillo».

...

En 1982, la comunidad se reunió en la iglesia y pensó que se necesitaba un lugar que atendiera a los enfermos del barrio. Filadelfo González, don Campos, Jota, el profesor Óscar Durán, el profesor Mora, Rafael Álvarez, Mario Lan y otras personas consiguieron algunos recursos para construir un centro de salud. Como la cosa estaba tan difícil y no se había reunido lo necesario, empezaron a pedirle a la comunidad su colaboración para terminar de recolectar los materiales.



Durante más de una semana, cada persona del barrio llevó, según sus posibilidades, uno, dos o tres ladrillos. Nuevamente se implementó «la marcha del ladrillo». La construcción del centro de salud se terminó en 1984, como consta en la placa que hoy en día permanece en el edificio abandonado. Este lugar, que sirvió para la atención de muchos de los habitantes del barrio, contaba con un médico de turno y auxiliares de enfermería, y allí funcionaba la droguería comunitaria. El centro cerró sus puertas a finales de los años noventa. Emilse, una vecina del barrio Antonia Santos, me dijo: «Nos quedamos sin puesto de salud, por más que se ha luchado no hemos logrado que se vuelva a abrir».

Muchos habitantes recuerdan que, en los primeros años de la década del ochenta, entrar y salir del barrio no era fácil, debido al deteriorado estado de las vías. Las personas que llevan más tiempo viviendo aquí me cuentan que las busetas no iban hasta el final del barrio. Si había buen clima, algunos carros se arriesgaban a entrar entre todo el polvo y barro que había hasta donde está la iglesia, pero cuando el invierno estaba duro, la entrada se complicaba, los buses llegaban no más hasta la autopista a la entrada del barrio y de ahí para abajo la gente debía caminar entre todo el barrial hasta sus casas. «Los buses llegaban hasta ahí, nosotros teníamos que entrar y salir con bolsas y, si no, con un pote de agua, y nos lavábamos para salir a los trabajos», recordó Ana Dolores, vecina de Antonia Santos.

Esta situación ha conllevado que la pavimentación de las calles haya sido una apuesta central en las demandas que la comunidad ha hecho desde finales de los años setenta hasta la actualidad. Durante los años ochenta y parte de los noventa, la estrategia fue buscar los materiales para realizar esta obra. Me cuentan que pedían prestada la volqueta de la Secretaría de Obras de la Alcaldía para traer granzón (tierra de arrastre de río) que sacaban del río Zulia, y la maquinaria se conseguía a veces con funcionarios de la Alcaldía o a veces tocaba hacer vaca y recolectar plata para alquilarla. Los que no podían poner plata ayudaban a traer piedra y a acomodarla para que la gente pudiera andar y no se embarrara tanto. Luis, vecino de Antonia Santos, me contó: «Armamos unos horarios de trabajo. “¿Quiénes pueden trabajar después de las seis de la tarde?”, “Yo puedo es en el día”, decían. “Trabajemos hasta las once de la noche”».

Pero esos arreglos eran transitorios. Como no se estaba cementando, cada tanto había que arreglar de nuevo por la lluvia y el tránsito de la gente; entonces, la comunidad acudió a una nueva estrategia y se empezaron a hacer bazares para recoger fondos. Óscar, vecino de Antonia Santos, me dijo: «Optamos por hacer algunos comités de trabajo, hacíamos mute, empanadas, guarapo, chicha... de todo



eso vendíamos para hacer recursos». Sin embargo, en el proceso de construcción comunitaria del barrio no todo era color de rosa. Hubo ocasiones en que funcionarios de empresas del Estado engañaron a los habitantes, les incumplían las entregas de los materiales, los estafaban, y hasta hubo personas de la misma comunidad que se aprovechaban y revendían lo conseguido por otros o simplemente se apropiaban de estos recursos para su beneficio.

Óscar contó también: «Aquí el barrio ha surgido no tanto por parte del Gobierno, sino por parte de la misma comunidad; la mayoría éramos muy unidos». Una muestra de esa unidad se refleja en todos los procesos comunitarios que se han dado en torno a la iglesia Nuestra Señora de Monguí y al templo que construyeron los salesianos, años más tarde, con el apoyo y trabajo de la comunidad en Los Olivos.

Lo primero que construyó la comunidad fue una capillita, por allá en 1974. La gente aportó materiales de construcción y la mano de obra. Desde ese momento, la iglesia y las personas que allí se reunían —incluyendo, en muchos casos, a los párrocos— se convirtieron en un pilar fundamental de muchos de los procesos cívicos del sector.

«Uno de los ejes principales de trabajo en el barrio fue la parroquia. Yo no soy católico, mi familia no es católica, pero la parroquia y los líderes eclesiásticos que allí hubo pensaban en las necesidades de Antonia Santos, de ahí salió mucho», me dijo José, vecino de Antonia Santos. Allí se conformaron grupos juveniles, grupos de danza, iniciativas de construcción y mejoramiento del templo, así como acciones de acompañamiento a las y los habitantes de este sector en los momentos de mayor violencia, que se presentaron a mediados de los años noventa y principios del dos mil. De estos grupos juveniles y eclesiásticos salieron muchas personas que años más tarde tuvieron roles de liderazgo a nivel comunitario y cultural, fueron presidentes de la Junta de Acción Comunal, candidatos y candidatas al Concejo o ediles, y muchas siguen trabajando por la comunidad. Aquí recuerdan el trabajo que realizaron algunos párrocos de la iglesia como Luis Enrique Sequeda y Pauselino Camargo.

Desde que se construyó la primera capilla, las personas que asistían a la iglesia se organizaron por cuadradas; fueron pioneras en la formación de grupos de trabajo de este tipo. Cada calle tenía su representante y su comité, desde la entrada de Antonia Santos hasta Los Olivos, desde la calle 1 y hasta arriba de la 24.

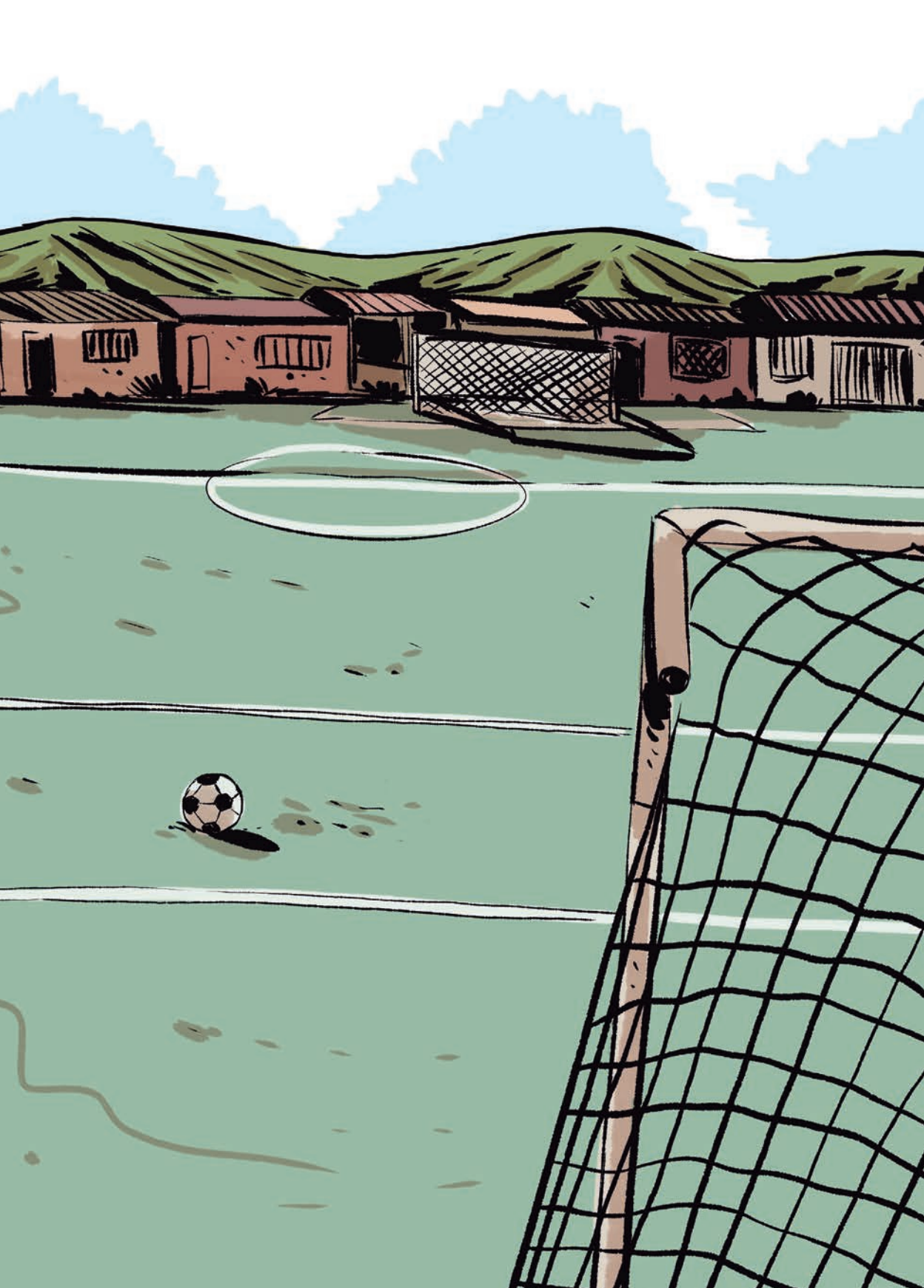
En estos comités se apoyaron las y los líderes de la Junta de Acción Comunal y crearon un cronograma para realizar colectas y bazares que se hacían en la tarde-noche, se vendía todo tipo de comida, mute, hallacas, cerveza, se jugaba bolo

o bolas criollas y palo encebado, y además se definía en qué se iba a intervenir, si en el acueducto, el alcantarillado, el pavimento o si debía hacerse otra obra.

Las prácticas religiosas han tenido un lugar central en la historia de Antonia Santos: la Navidad y la Semana Santa han sido las más importantes. Según me contaron, realizar el viacrucis en el cerro Jesús Nazareno es uno de los rituales que se ha mantenido en el tiempo. Esta práctica inició en 1980, con don Leónidas, un señor que venía de Manizales y que trabajaba en el mercado Los Focales, en el centro por la sexta. Él fue quien propició la peregrinación al cerro, junto con algunos de sus familiares, cada 3 de mayo, cuando se celebra la conmemoración de la Santa Cruz. «El hombre colocaba en los frascos en los que venían las compotas unas veladorcitas y decoraban una cruz que ellos mismos habían subido en el 82 u 83, una cruz que duró mucho tiempo allá, hasta la hicieron en cemento», me dijo Arturo, vecino de Antonia Santos.

Tiempo después se unieron los sacerdotes y comenzaron a realizar en el cerro las actividades de la Semana Santa, entre esas el viacrucis, teniendo en cuenta que venía gente de toda Cúcuta y de algunos municipios vecinos. Era tanta la gente que llegaba al cerro Jesús Nazareno, que fue necesario crear varios caminos y accesos peatonales, aunque la entrada principal siempre ha sido por la calle 17.

Junto a estas iniciativas religiosas en la iglesia hubo varios grupos culturales, artísticos y deportivos en los que, en un contexto de tantas necesidades, las y los jóvenes podían encontrarse. «La cultura aquí ha sido un tema muy importante, porque los grupos religiosos no solo hacían un trabajo desde ahí, sino que realizaban un trabajo social en el que la base eran las actividades artísticas. Allí muchos encontramos una forma distinta de desarrollarnos», me dijo Trino, vecino de Los Olivos. En los años ochenta y noventa hubo más de diez grupos juveniles, como el Grupo Ecológico Deportivo Antonia Santos (Gedas), Jota, Energía Positiva, Millón de Amigos, Juventud Misionera y Legión de María, entre otros; en estos grupos, los y las jóvenes se reunían para practicar danza, teatro y deportes como voleibol, basquetbol y fútbol. El Gedas fue el más grande y uno de los que mayor impacto y duración tuvo; alcanzó a tener una sede ubicada en Los Olivos y allí se instaló una biblioteca que funcionó durante muchos años, hasta finales de los años noventa. Con muchos de estos grupos, los jóvenes participaron en encuentros y festivales en ciudades como Pereira, Manizales, Bogotá, Medellín y en algunos municipios del Norte de Santander.



Además de las actividades que ya les he contado, Antonia Santos no escapa al gusto que las y los cucuteños tienen por el fútbol. Aquí la gente no solo veía al Deportivo Cúcuta por televisión, sino que lo vieron cuando se organizaban partidos en la cancha *Burrito González*. Así como ocurrió con el resto de las acciones emprendidas en el sector, la construcción de la cancha fue una tarea de toda la comunidad.

La primera cancha quedaba donde actualmente está la parroquia. Un día de 1983, mientras Luis Cárdenas, Eligio Pabón, Pedro Campero, Valentín Vargas y otras personas jugaban, otros miembros de la comunidad les preguntaron por qué no dejaban ese espacio para el templo y les daban otro a cambio; ellos aceptaron y decidieron reubicar la cancha en el lote actual. Para lograr la construcción de la nueva cancha de fútbol, hicieron una colecta que permitiera aplanar la tierra; si la gente quería jugar, tenía que aportar algo para la construcción: cargar un bulto o poner plata; de alguna forma, debían colaborar. Las primeras porterías de la cancha las trajeron desde el barrio La Libertad; cuando se construyó, se organizaron varios campeonatos de fútbol: el primero lo organizaron Luis Cárdenas y Baudilio Rodríguez en 1985. Años después, en los noventa, la comunidad trabajó mucho para ponerle luz a la cancha: buscaron los recursos tocando diferentes puertas y, después de mucho bregar, reunieron la plata necesaria gracias a los jugadores de los diversos equipos del barrio, quienes pusieron la mano de obra para abrir los huecos de los postes, y luego pusieron los cables y las lámparas con Centrales, la empresa de energía.

...

Hasta aquí les he contado una versión corta de casi treinta años de historia del sector Antonia Santos, pero está pendiente contarles algunas de las cosas más tristes que se presentaron en el proceso de construcción y crecimiento de esta zona de Cúcuta. Al tiempo que las vecinas y los vecinos se reunían para transformar el barrio con sus propias manos, la violencia —de la que muchos habían huido cuando llegaron— los siguió hasta su propio barrio.

Algunos estudiosos del conflicto en Colombia me contaron que la cercanía a la frontera con Venezuela y con el Catatumbo condujo a que desde finales de los setenta y principios de los ochenta hicieran presencia en el departamento de Norte de Santander las guerrillas del ELN y de las FARC. A finales de esta década, el ELN empezó a hacer presencia y con ello a establecer un control en las zonas de conformación de nuevos asentamientos de Cúcuta, aprovechando la ausencia del



Estado. La guerrilla de las FARC, por su parte, entró a la zona con las milicias urbanas del Frente 33. Por esta época, la gente empezó a notar que en el barrio se movían personas que no eran del sector. Estos personajes no estaban allí de manera permanente, pero sí se hicieron visibles poco a poco. La comunidad se daba cuenta porque aparecían las paredes de las casas rayadas con las siglas ELN. No fueron solo las fachadas de las viviendas: también paraban y rayaban los buses y los carros particulares que llegaban a la autopista y al barrio. «Hubo una época en que carrito que entraba, carrito que salía rayado», me dijo Perencejo, vecino de Los Olivos.

Me contaron que, ya entrados los años noventa, las cosas se pusieron mucho más difíciles. Las guerrillas no solo hacían presencia en el territorio, sino que empezaron a regular la vida de las personas: decidían por dónde podían transitar, cómo debían vestirse y cortarse el pelo, y hasta qué hora podían estar en la calle, entre otros aspectos. Hacia 1993, nadie podía moverse libremente después de las ocho de la noche. «Quiénes estudiábamos en la noche en el Coldija [Colegio Juan Atalaya] debíamos ir con el carnet siempre en la mano, esperando que no pasara nada; si nos paraban, nos preguntaban de dónde veníamos y nos dejaban seguir», me contó Sutanejo, vecino de La Carolina.

Después de 1995, las cosas se complicaron todavía más y los procesos comunitarios que habían florecido en las dos décadas anteriores se empezaron a ver afectados. Los bazares y las actividades culturales y religiosas disminuyeron por la presencia de los armados y hasta las obras de construcción y adecuación de las calles se detuvieron. Había presencia de más grupos ilegales, pero la comunidad no sabía quiénes eran. «Nunca llegamos a saber desde la comunidad con un nombre exacto, porque siempre estaban en camuflado, se sabía que era esa gente porque no traían botas normales de militar, sino que traían botas pantaneras», me dijo Perencejo, vecino de Los Olivos. La gente tenía miedo porque el sector fue señalado como zona roja y de presencia guerrillera. El estigma que había sobre las y los habitantes por vivir en un barrio de la periferia se empezó a agudizar, y tanto la Policía como el Ejército veían con malos ojos a quienes vivían aquí.

Luis, un vecino de Antonia Santos, me contó: «Nos dijeron un día que iban a bombardear todo esto, nos tocó amarrarnos los pantalones con el finado Miguel Ocampos, don Leopoldo Mantilla y Antonio Ronderos. Fuimos, recogimos firmas y las llevamos al batallón del Ejército. Nos tocó explicarles que aquí vivían distintas clases de personas, que no eran guerrilleros, sino pelaos y personas de bien, que subsistimos y llegamos acá por la necesidad, no porque nosotros quisimos».

Esta estigmatización no solo era reproducida por las autoridades, sino que también la gente de otras zonas de la ciudad señalaba a quienes vivían en el barrio: la prestación de los servicios públicos se afectó, los taxis no entraban y los conductores de los buses lo pensaban dos veces antes de hacerlo. «Uy, Antonia Santos es peligrosísimo, allá uno entra caminando y sale enchapado en cuatro tablas», decían. Incluso hubo gente que llegó a decir que vivía en otros barrios para evitar estos señalamientos a la hora de buscar trabajo.

La situación solo empeoraba: cada vez fueron más frecuentes los enfrentamientos armados entre la Policía, el Ejército y las guerrillas; la gente, indefensa, quedó en medio del fuego cruzado. Para empeorar todo, a finales de los noventa incursionaron en el territorio los paramilitares del Bloque Catatumbo de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), quienes llegaron a los departamentos de la frontera para disputarles el control de la zona a las guerrillas del ELN y de las FARC. Fueron años muy difíciles: «Vino el Ejército, la guerrilla, los paramilitares y se dieron plomo entre toda esa gente, y los perjudicados fuimos nosotros. Nos mataron mucha gente, mucha gente y desaparecieron a otro poco. Fueron los años más violentos», me dijo Perencejo, vecino de Antonia Santos.

En esa época empezaron a aparecer personas muertas que traían de otras zonas y que dejaban aquí tiradas. La gente veía con tristeza todo lo que estaba pasando, pero el miedo muchas veces impedía siquiera hablar del tema. Entre 1998 y el 2001 hubo tres masacres en Antonia Santos, perpetradas por los paramilitares. Este grupo logró controlar el sector, llegó a la iglesia, a las escuelas y a los grupos juveniles para impedir que la gente se reuniera. Arturo, vecino de Antonia Santos, me dijo: «De ahí desaparecieron los grupos juveniles, porque los padres de familia ya no dejaban salir a los muchachos; las llamadas ollas comunitarias y bazares se dejaron de hacer por lo mismo, porque eso siempre se hacía el fin de semana para recoger fondos, ya fuera para pavimentar o para ayudarle a una familia».

Uno de los mayores impactos por la presencia de grupos armados tuvo que ver con la imposibilidad de disfrutar del espacio público, pues la gente se resguardaba en su casa por miedo. La cancha de fútbol y la iglesia se vieron afectadas (esta última se convirtió, en palabras de algunos, en un lugar neutral donde se encontraba la comunidad con algunos de los líderes). En aquella época, para elegir la Junta de Acción Comunal tuvieron que reunirse ahí casi que a escondidas. Las celebraciones de la Semana Santa dejaron de hacerse; las personas ya no subían al cerro de las Tres Cruces, porque sabían que «esa gente» estaba moviéndose por ahí; además,



comenzaron las amenazas contra los líderes, lo que ocasionó que algunos de ellos se desplazaran para salvar sus vidas.

...

A pesar de los momentos difíciles que se vivieron a finales de los noventa y principios de los dos mil, las personas del barrio Antonia Santos encontraron la manera de enfrentar esa situación de conflicto y violencia, y continuar con las acciones comunitarias en beneficio de todos. Por ejemplo, para las reuniones se convocaban grupos pequeños y los bazares se hacían de día. Hubo incluso quienes se atrevieron a hablar con los actores armados en defensa de personas que estaban siendo perseguidas y que no tenían nada que ver con la guerra. El silencio también se convirtió en una estrategia para sobrevivir, porque, ante la falta de garantías sobre su seguridad, muchos prefirieron no decir nada para seguir viviendo.

Así pasaron los años más duros del conflicto que azotaron toda Cúcuta. La gente, cada vez que podía, volvía a jugar fútbol, volvía a las ollas de mute, a los encuentros de vecinos, a todo aquello que en el pasado la había unido. Estos encuentros se hicieron más visibles y frecuentes después del 2006, época en que disminuyó un poco la violencia. Algunas personas que se habían desplazado regresaron y algunas de las actividades pastorales y culturales se retomaron poco a poco.

...

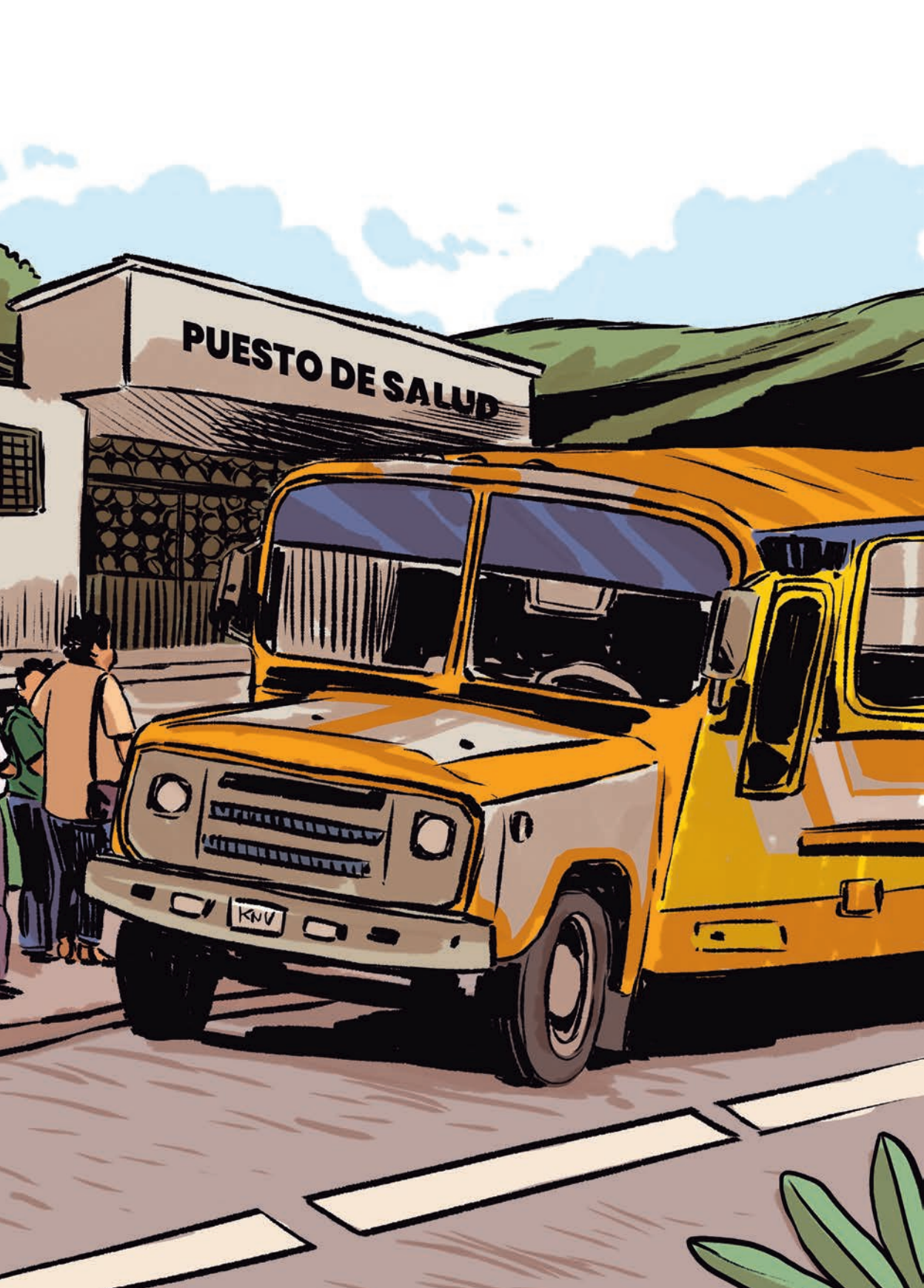
Mediante esta historia, has podido conocer cómo hombres y mujeres le apostaron a construir con sus manos un futuro distinto, enfrentando el abandono del Estado y las entidades que lo representan. Las acciones que se realizaron para la construcción de las escuelas, la iglesia, el puesto de salud, la cancha de fútbol, la canalización y pavimentación de las calles, así como la organización de actividades culturales y deportivas, fueron la solución que encontró la comunidad de Antonia Santos para mejorar sus condiciones de vida.

Es necesario señalar que, pese a que el trabajo comunitario disminuyó en las épocas más fuertes del conflicto de Cúcuta y en el sector Antonia Santos, las y los habitantes encontraron diversas formas de funcionamiento y organización para llevar a cabo algunas mejoras, sin olvidar que uno de los principales daños que vivieron tuvo que ver con la imposibilidad de mantener el tejido social que durante más de dos décadas habían construido.

Finalmente, te invito a no olvidar que las condiciones de vida de esta comunidad no se habrían transformado sin las acciones de gestión y control político adelantadas por muchos líderes y lideresas del barrio.

Espero que este recorrido por las memorias de nuestra comunidad te haya permitido conocer más de nuestra historia. Si quieres conocer más detalles, sigue esta exposición en los barrios que componen el sector Antonia Santos, donde te guiaré por la historia de los habitantes de Antonia Santos, La Carolina, Sabana Verde, Los Olivos y Brisas del Mirador. ¡Gracias por tu atención e interés!





Barrio Los Olivos

Los Olivos recibe su nombre por un cementerio que se iba a construir en la zona, pero que finalmente la Alcaldía decidió no hacer: nos quedamos con el nombre y el barrio lo construimos entre lo que va de las calles 0 a la 10, y desde el cerro debajo de Brisas del Mirador hasta el sector llamado Los Estoraques. Siéntete como en tu casa.

Las y los primeros habitantes del barrio Los Olivos se encontraron en ese lugar plantas como cujíés, cactus, tunas y pringamozas, una vegetación de bosque seco, sin grandes árboles. En la parte baja había una finca de ganado. Estas familias, que tenían grandes necesidades, comenzaron a llegar a este sitio desde la década del setenta. Venían, escogían un pedazo de lote y lo marcaban, y allí construían sus casas, todas hechas de madera. El suelo de este terreno es arcilloso, por lo que sus calles eran polvorientas, lo que hacía muy difícil el transporte bajo la lluvia. Muchas de estas personas se dedicaban a las ventas ambulantes de comida por la avenida sexta, antes de que en Cúcuta construyeran la Central de Abastos en 1981. Otros se dedicaban a la minería (algunos aún lo hacen).

Desde siempre, Los Olivos ha recibido a personas con ganas de construir un mejor futuro, algunos de ellos desplazados por el conflicto en otros lugares de Colombia. Aquí han llegado personas de otras poblaciones vecinas a Cúcuta como Ocaña y Sardinata, o de pueblos del occidente del departamento de Norte de Santander, de la Costa Caribe y de Venezuela. Muchas de esas familias que venían de la costa o del centro del país iban a trabajar al otro lado de la frontera en Venezuela, pero vivían aquí.

La comunidad de Los Olivos ha trabajado unida en las obras de infraestructura de su barrio, como en la pavimentación de sus calles y la construcción del alcantarillado, la parroquia y el puesto de salud. La gente recogía fondos de distintas maneras y para



distintos proyectos. Para hacer el alcantarillado, las vecinas y los vecinos acordaron que cada casa debía aportar un pequeño monto. Para pavimentar las calles, se organizaron fiestas y bazares. La primera calle en pavimentarse fue la 3, lo que causó mucho entusiasmo de la gente para seguir trabajando por su barrio y exigirle a la Alcaldía sus derechos.

Aquí recordamos al padre Pauselino Camargo, quien, como sacerdote de la comunidad y, después, como alcalde, trabajó por la pavimentación de la vía principal de acceso de Antonia Santos y Los Olivos hasta el paradero de las busetas, en los años noventa. Según me cuentan los habitantes, esto mejoró mucho su calidad de vida, pues ya no debían esforzarse tanto para conseguir transporte. En ese entonces, Los Olivos todavía hacía parte de Antonia Santos. Algunos vecinos y vecinas recuerdan que fue la familia Martínez la que donó el terreno para el puesto de salud, y por esta misma época los padres salesianos compraron unos lotes y allí construyeron el oratorio, un espacio al que podían llegar aquellas personas del barrio que necesitaban no solo acompañamiento espiritual, sino también material. A partir de este trabajo fue que inició la parroquia del barrio, construida con el apoyo de todos los vecinos y las vecinas.

Desde la década de los ochenta, en Los Olivos florecieron los grupos juveniles e incluso existió aquí una sede del Grupo Ecológico Deportivo Antonia Santos (Gedas), que se dedicaba a hacer presentaciones artísticas de danza, canto y encuentros deportivos. Otros que promovieron las actividades culturales fueron los salesianos, quienes realizaban actividades en las que la gente se reunía, aprendía y se entretenía.

Es bueno reconocer los nombres de aquellos hombres y mujeres que trabajaron por el logro de obras, servicios públicos y espacios colectivos. Entre estos está la ya mencionada familia Martínez, que tuvo varios líderes comunales como Miguel y Pablo Martínez; también se encuentran Julián Muñoz, Jairo Vargas, Miguel Mosquera, Luis Ángel Vergel, Jesús Ascanio Roque, Julio Salaberria, Alcira Picón y Leopoldo Sánchez. Algunos de ellos hicieron parte de los grupos juveniles, continuaron con sus estudios y se dedicaron a trabajar por el barrio. «Ya unos no están acá, se fueron del barrio, pero sí fue como parte de esa unión de procesos de la comunidad que siguieron trabajando por el lugar en el que vivieron», me contó Trino, vecino de Los Olivos.

El grupo Gedas se terminó porque sus miembros fueron creciendo, pero también por temor. Por esa época, a mediados de los noventa, actores armados



legales e ilegales vigilaban el movimiento de los habitantes de Los Olivos, quienes no podían circular por las calles después de ciertas horas. Los extraños eran vistos con desconfianza.

Muchos líderes y lideresas, que le habían exigido a la administración municipal una atención directa al barrio, fueron señalados de ser guerrilleros. Miguel Martínez fue una de las víctimas de esa persecución. En una ocasión, varios hombres armados llegaron a la cancha de fútbol de Los Olivos mientras las personas estaban jugando y conversando tranquilamente: a quienes estaban en sus casas los sacaron a la fuerza e hicieron un tiroteo y les dispararon a los transformadores de energía eléctrica, dejando el barrio sin luz. En esa misma época, los grupos armados que controlaban Los Olivos se llevaron a algunas personas, unas aparecieron muertas días después y de otras no se supo nunca más. La creciente violencia y el liderazgo ejercido por algunos habitantes obligó a que algunos se tuvieran que ir; fue una época que las personas recuerdan con tristeza y dolor, porque tuvieron que abandonar el barrio por el que tanto habían trabajado.

Los Olivos continuó creciendo y las quejas porque los servicios públicos domiciliarios no llegaban a las y los habitantes se mantuvieron. Debido a ello, se hizo cada vez más difícil que el presidente de la Junta de Acción Comunal de Antonia Santos pudiera gestionar los asuntos del barrio. Por esta razón, cada vez se hizo más fuerte el deseo de convertir Los Olivos en un barrio independiente de Antonia Santos.

El primero en intentar la separación fue Miguel Mosquera, a finales de los años noventa, pero tuvo que salir desplazado del barrio, así que la solicitud se frenó ante la Alcaldía. Líderes como Leopoldo Sánchez retomaron ese impulso de autonomía, y tiempo después lo lograron, siendo primero reconocidos como asentamiento y a mediados de la primera década del dos mil recibieron la personería jurídica como barrio. En la actualidad se han retomado algunas actividades deportivas y culturales acompañadas en muchas ocasiones por la Corporación Cultural Cúcuta, que ha hecho presencia en otros barrios del sector Antonia Santos.

Con la construcción autogestionada de la infraestructura del barrio, se mantuvo el desarrollo de acciones para promover la cultura y el deporte, y la resistencia al accionar de los actores armados legales e ilegales en los años más duros del conflicto armado. Los habitantes de Los Olivos, aun teniendo raíces tan distintas, han sido capaces de unirse para trabajar por su bienestar en los momentos más duros. Han aportado tiempo, dinero y esfuerzo para dotar a su comunidad de servicios y



espacios públicos que beneficien a todos, y han sido conscientes de las necesidades que llevaron a pedir la administración autónoma de su barrio. A pesar del miedo, hoy en día quieren seguir viviendo en paz en su barrio, compartiendo en sus calles, tranquilos y con esperanza. Les invito a continuar explorando y conociendo la historia de los barrios Sábana Verde y Antonia Santos y los sectores La Carolina y Brisas del Mirador.







Barrio Sabana Verde

Este barrio va desde la calle 0 hasta Los Estoraques y Pleno Sol, y colinda con el asentamiento Brisas de Paz y Futuro. Sabana Verde, al igual que el barrio Los Olivos, nació de un terreno que se iba destinar para la construcción de un cementerio y está ubicado al suroccidente de este barrio, en límites con el anillo vial occidental. Su territorio era parte de lo que antes se conoció como el barrio Antonia Santos. Juan, un vecino de Sabana Verde, recuerda que cuando llegaron «esto era puro palito, ese cují, todo eso que está usted viendo, eso estaba arborizado». Además, Sabana Verde se caracterizaba por tener nacimientos de agua, donde la gente del vecindario iba a lavar. Inclusive, cuando ya estaba el anillo vial, todavía se conservaba una laguna a la orilla de la carretera.

Cuando conversamos sobre el barrio, me dijeron que la Alcaldía de Cúcuta determinó que el terreno no era apto para el cementerio y poco a poco, desde los primeros años del dos mil, varias familias llegaron a construir sus viviendas en este lugar. Algunas de las personas que llegaron se apresuraron a posesionarse de un pedazo de tierra para vivir y otros lo hicieron para venderles los lotes a quienes serían los primeros pobladores del barrio y que venían de varias partes de Colombia. Esta fundación acelerada permitió que hubiera venta de lotes sin escrituras de propiedad, lo que años más tarde se convirtió en un dolor de cabeza.

Las personas se unieron para acceder a los servicios públicos domiciliarios, pues cuando llegaron no había agua, ni energía en las calles, ni en las casas. Al comienzo hubo una pila pública para el suministro de agua, que además sacaban de los nacimientos naturales, pero como la gente de Sabana Verde no se ha conformado con vivir de cualquier modo, insistieron frente a la administración municipal y las empresas de servicios públicos para que les garantizaran el mínimo vital. La empresa municipal puso las tuberías del alcantarillado una semana después



de que los pobladores hicieron una petición directa a la Alcaldía. Juan, vecino de Sabana Verde, me contó: «Yo, cuando eran las siete de la mañana, estaba metiendo esa carta. Y como a los ocho días de haber ido, vengo yo desde el centro y veo que están pasando tubos, tubería, cosa berraca, todo esto estaba sin construir; estaban los ranchitos, pero sin construir ahí». La energía eléctrica se controló al inicio con medidores comunitarios y la comunidad se organizó para pagar por ella.

Los vecinos y las vecinas de Sabana Verde que estaban trabajando en la construcción y el mejoramiento crearon la Junta de Acción Comunal en el 2007, pero solo fue hasta después del 2012 que lograron su legalización. Entre los líderes que acompañaron todo el proceso de legalización del barrio y de los servicios públicos domiciliarios figuran Luis Flórez, Eufragio López y Virgelina Angarita. Además del trabajo organizativo de sus habitantes, en Sabana Verde recuerdan con mucho aprecio a la comunidad religiosa de los salesianos, quienes han hecho varias obras sociales, entre las que se resalta el oratorio. Según me contaron, fue un espacio de encuentro para aquellos que estaban pasando por momentos económicos muy difíciles y buscaban ayuda, así como de organizaciones y colectivos que trabajaban para mejorar la calidad de vida en Sabana Verde y Los Olivos.

Como parte de su incansable labor en beneficio de la calidad de vida en el barrio, los líderes y las lideresas les han solicitado atención a la Alcaldía y a las empresas municipales de servicios públicos. Además, en algunas ocasiones han hecho obras sociales a favor de las familias de menores recursos, logrando que empresas o supermercados les donen mercados y alimentos para distribuirlos en el barrio.

La violencia que las y los habitantes vivieron hace parte de un recuerdo tan doloroso que prefirieron no contarme mucho al respecto. Lo que sí me compartieron es que, a principios de la primera década del dos mil, los actores armados ilegales traían y dejaban en Sabana Verde cuerpos de personas que habían sido asesinadas en otros lugares de Cúcuta. Muchos creen que esto sucedía porque era una zona que desde hacía mucho tiempo había sido estigmatizada, asociada con la delincuencia y la ausencia del Estado. Durante las dos décadas de existencia del barrio, sus habitantes han tenido que vivir con miedo, pero desean vivir en paz, sacar a sus familias adelante y seguir trabajando por este lugar que han construido con sus propias manos.

Gracias por acompañarme a conocer más de Sabana verde. Les invito a continuar explorando y conociendo la historia del barrio Antonia Santos y los sectores La Carolina y Brisas del Mirador.





AGUA
POTABLE

Barrio Antonia Santos

Esta zona de Cúcuta fue bautizada así para rendirme un homenaje por las luchas que lideré por el pueblo del gran Santander hace más de doscientos años. En la actualidad, el barrio comprende todo lo que hay entre la autopista Cúcuta-El Zulia, la calle 24 hasta la calle 10, y desde la avenida 47 hasta el cerro Jesús Nazareno. Siéntete como en tu casa.

A mediados de los años setenta, lo que hoy es conocido como barrio Antonia Santos se encontraba habitado por más o menos quince familias que vivían en casitas construidas con madera y otros materiales no convencionales. Las primeras viviendas las levantaron en medio de los terrenos de algunas de las fincas que había en esta zona rural de Cúcuta.

Aquí llegaron personas de escasos recursos que venían de algunos sectores de la ciudad en búsqueda de un mejor futuro, y muchas otras que venían desplazadas por la violencia ocasionada por grupos armados ilegales en algunos municipios de Norte de Santander y otros departamentos del país.

Las y los primeros pobladores no la tuvieron para nada fácil. En la mayoría de los casos, llegaron con una mano adelante y otra atrás, y las condiciones en las que estaba el sector hacían difícil la subsistencia de quienes se arriesgaban a construir aquí sus ranchitos. Emilse, vecina del barrio Antonia Santos, me contó: «Aquí no había agua, no había luz, no había carreteras, sino caminos reales llenos de barro o polvo por donde le tocaba andar a uno». En esas condiciones, la mejor opción que tuvieron los habitantes fue apoyarse entre vecinos, trabajar comunitariamente y acudir a eso que llaman «autogestión» y que no es otra cosa que echar mano al bolsillo de cada uno y poner lo que se necesite para el bienestar común.

Desde finales de los años setenta y durante toda la década de los ochenta, gracias a la suma de esfuerzos



de las y los habitantes de Antonia Santos, y a la presión que ejercieron sobre la Alcaldía de Cúcuta y otras entidades del Estado, se ejecutaron algunas acciones que le fueron cambiando la cara al barrio. Los últimos años de los setenta se caracterizaron por actividades como rifas y venta de mute, con las que se recolectó dinero para la construcción de un par de tanques de agua comunales, adonde los hombres y las mujeres iban a recoger agua. Emilse, vecina del barrio Antonia Santos, me contó: «Uno se tenía que tranochar para poder llenar canecas, ollas, todo lo que se pudiera llenar. Eso se hacía semanal. Le tocaba a uno bregar a hacer cola o se quedaba sin agua».

En esta misma época construyeron la primera capilla del barrio, que durante mucho tiempo fue no solo el lugar de oración, sino también de encuentro entre los habitantes; allí se planearon acciones de mejora para el barrio y se expusieron las necesidades que tenían como comunidad. A partir del ejemplo de los grupos que se organizaron por cuadras para el mejoramiento del templo, surgió la idea de establecer comités de trabajo por cuadras; tales comités trabajaron en la construcción del primer tramo del acueducto y alcantarillado del barrio, el puesto de salud, la escuela Carlos Ramírez París, el Colegio Cote Lamus y la canalización y pavimentación de algunas calles. Cada una de estas construcciones fueron posibles gracias a la gestión de los vecinos y las vecinas de Antonia Santos, quienes lograron conseguir recursos materiales y maquinaria con empresas privadas y algunas entidades del Estado. Lo que no se lograba conseguir de esta forma, se obtenía a través de las colectas que realizaron haciendo bazares, minitecas, ventas de mute y hallacas, e incluso cerveza los fines de semana.

Además de esas colectas, en varias ocasiones se realizó la famosa «marcha del ladrillo», que consistía en que los vecinos y las vecinas, según sus posibilidades, aportaban uno o más ladrillos para la obra que se estuviera realizando en el momento. Gracias a esta iniciativa se terminaron de construir el puesto de salud, se remodeló la escuela Carlos Ramírez París y, en alguna ocasión, se recogieron ladrillos para la remodelación del templo.

Antonia Santos se ha caracterizado por ser un barrio de gente trabajadora, berraca y echada pa lante, gente que ha dedicado su vida a desempeñar oficios informales, en muchas ocasiones en condiciones precarias (como la minería, el comercio, la venta de comida y la costura de yines). A la par, estas mismas personas han unido esfuerzos para hacer todo lo posible para brindarles un mejor futuro a sus familias ante el escaso y en algunas ocasiones, nulo apoyo del Estado.



Entre esas apuestas de trabajo colaborativo también estuvo el de las madres comunitarias, unas mujeres muy berracas, como las describieron las personas con las que conversé, y que viven aquí hace más de treinta años. Marleny Díaz, Blanca Albarracín y Luz Celia Grimaldo han cuidado a los hijos e hijas de las personas del barrio en las tres últimas décadas. Ellas también estuvieron mucho tiempo acompañando el trabajo pastoral que aún lidera la parroquia Nuestra Señora de Monguí.

Aquí, en el barrio, las personas no solo han pensado en la construcción de infraestructura, sino que también han desarrollado apuestas desde la cultura y el deporte. Por eso, desde los ochenta y parte de los noventa, en Antonia Santos se organizaron distintas agrupaciones como equipos de fútbol, basquetbol y voleibol. Junto al trabajo de Luis Cárdenas, Baudilio Rodríguez, conocido como el Ovejo, y otros tantos, se construyó la cancha *Burrito* González, actualmente remodelada como parte de un proceso de reparación colectiva a las víctimas del conflicto armado interno. En la época de la que estoy hablando, en los ochenta, mucha gente aportó su propia mano de obra y recursos para adecuarla, ponerle las porterías, la luz y las primeras graderías. Quienes trabajaron aquí lo hacían en su tiempo libre. Luis, vecino de Antonia Santos, me dijo: «Si quieren jugar, les toca venir a trabajar». Aquí, en esta cancha, se han organizado torneos por diversión o para recaudar fondos, y también ha sido un lugar de encuentro para la comunidad a lo largo de la historia del barrio; ha sido un lugar importante para el desarrollo comunitario y para el deporte: con decirte que hasta el Cúcuta Deportivo ha venido a jugar aquí.

Entre las iniciativas deportivas y culturales muchas personas me contaron que, además de actividades religiosas, el trabajo pastoral de la parroquia promovió la danza y el teatro, con amplia participación de hombres y mujeres jóvenes, quienes con el paso de los años se convirtieron en líderes y lideresas del barrio. A estas actividades se sumaban las tradicionales subidas al cerro Jesús Nazareno en la Semana Santa, y la celebración de las novenas y la Navidad en diciembre y otras festividades religiosas.

Este trabajo organizativo, que se mantiene hasta la fecha, se ha visto afectado. En los años ochenta hicieron presencia el ELN y las FARC en el departamento y en los alrededores de Cúcuta, y la tranquilidad con la que la gente había empezado a organizar el barrio desapareció. Las guerrillas ejercieron tal control que regulaban la vida cotidiana de sus habitantes, decidían por dónde podían moverse, hasta qué hora hacerlo, quiénes y cuántas personas podían estar juntas. Estos grupos generalmente requisaban a las personas e impedían que los grupos juveniles se reunieran. Muchas de las actividades de control de la población afectaban a personas que ya eran de



por sí estigmatizadas; los hombres que tenían el pelo largo, las mujeres que usaban ropa corta, los habitantes de calle, las personas de la población LGTBIQ+ y quienes ejercían liderazgos empezaron a ser señalados y perseguidos.

La gente empezó a vivir con miedo y a dejar de participar en las actividades comunitarias, culturales, deportivas y religiosas. La cancha, que hasta ese momento era lugar de encuentro y orgullo de los vecinos de Antonia Santos, se convirtió en un lugar en el que se enfrentaban la guerrilla, el Ejército y, a veces, la Policía. Era el lugar donde aparecían personas muertas que habían sido traídas desde otras zonas de la ciudad o en el que los grupos armados reunían a la población para decirle qué se podía o no se podía hacer. Esta misma situación se repitió a finales de los años noventa con el ingreso a la región de los paramilitares del Frente Fronteras del Bloque Catatumbo de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), quienes venían buscando controlar la zona de frontera y disputársela a las guerrillas.

Muchos recuerdan que el período comprendido entre 1995 y el 2005 fue el más violento de la historia de Antonia Santos, no solo por las acciones de los actores armados ilegales y legales, sino porque la comunidad fue señalada y estigmatizada por estar en medio de los enfrentamientos. Las actividades de mejoramiento del barrio se detuvieron, ocurrieron varios asesinatos y desapariciones, y muchos líderes y lideresas tuvieron que desplazarse lejos del barrio que construyeron con sus propias manos.

Pese a esta violencia, el barrio continuó creciendo, y sectores que antes eran conocidos como Los Olivos y Sabana Verde dejaron de ser de Antonia Santos y se convirtieron en barrios independientes. El cerro Jesús Nazareno ya no solo se recorría en las actividades de Semana Santa, sino que fue habitado por personas empobrecidas que habían llegado allí buscando un lugar para construir un hogar, así como lo habían hecho años atrás las primeras familias que llegaron a este sector.

Luego de más de cuarenta y ocho años de historia, las y los habitantes de Antonia Santos han demostrado que el trabajo comunitario y la autogestión han sido la mejor herramienta para mejorar las condiciones de vida y afrontar el olvido del Estado, la inclemencia de la guerra y los señalamientos y la estigmatización de algunas personas. Con trabajo colectivo, y a pesar de las necesidades, los habitantes han construido ladrillo a ladrillo las calles y casas donde habitan y esperan seguir trabajando unidos por su barrio y comunidad. Espero que este recorrido por las memorias de nuestra comunidad te haya permitido conocer más de nuestra historia. Te invito a continuar explorando y conociendo la historia de los sectores de La Carolina y Brisas del Mirador.





Sector La Carolina

El sector La Carolina hace parte del barrio Antonia Santos, está ubicado al norte de este, junto al cerro que está ahí cerca de la autopista a El Zulia, justo enfrente del barrio La Primavera. En el recorrido que hice con algunos vecinos y vecinas, me di cuenta de que este sector es un terreno montañoso al que hace unos cuarenta años, más o menos, llegaron personas a ocupar o comprar lotes para construir sus vidas aquí. Al lado de una pequeña trocha de tierra formaron casas de madera que se levantaron entre cujíes y arbustos espinosos. Una de las primeras construcciones que resultaron del trabajo comunitario a comienzos de los noventa fue la cancha de fútbol, que contó con el liderazgo de Norela Ardila y otros habitantes que querían hacer de este sector un mejor lugar para vivir.

Los y las vecinas de La Carolina han trabajado para contar con todos los servicios públicos domiciliarios. Personas como Norela Ardila y José Eliécer Páez le solicitaron a la empresa pública municipal el acceso a la energía eléctrica para el barrio, ya que hasta ese momento tenían que alumbrar sus hogares con velas. Con el acueducto y el alcantarillado fue más difícil. En 1994, la gente tuvo que comprar la tubería y transportarla por su propia cuenta. Norela, José Eliécer y Jesús —a quien le decían el Cafetero por vender tintos— encabezaron la búsqueda de esos tubos y la adecuación del acueducto. Pero esta no fue una tarea fácil, pues la gente no tenía dinero y tuvo que recurrir a todo tipo de estrategias para poder comprar los materiales. «Ya metimos la tubería hasta aquí, y faltaron unos tubos, así que nos tocó hacer una rifa para completar los tubitos», me contó José, vecino de La Carolina.

Para garantizar que llegara el agua, debían conectar la red de tubería con la que venía de La Primavera. Para eso había que pedirles permiso a los habitantes de ese barrio para romper el asfalto de la autopista. Pero en La Primavera «decían que ese alcantarillado era particular, que eso era de ellos,



que eso no era de la empresa», según me contó José —vecino de La Carolina—, y se opusieron. Aunque fue muy complicado, al final las y los habitantes de La Carolina fueron a la empresa municipal de acueducto y lograron la conexión de la red de acueducto de su sector con la general. Sin embargo, para ello tuvieron que rehacer el asfalto de la avenida y se encargaron de labores que eran responsabilidad de la administración municipal.

...

A finales de los ochenta, en el sector comenzaron a ocurrir hechos que pusieron a los habitantes en peligro. De vez en cuando se escuchaban balaceras entre la guerrilla y la delincuencia común que se enfrentaban con la Policía o el Ejército. Cuando comenzaban los disparos, la gente de La Carolina corría despavorida para su casa, cogía a sus niños y se escondía donde podía. Debían quedarse quietos, sin salir a la calle hasta que todo pasara, porque podían ser detenidos por la Policía o el Ejército, o recibir un tiro venido quién sabe de dónde. Sus habitantes recuerdan amenazas, desplazamientos e, incluso, un domingo de elecciones presidenciales en 1994, le tiraron una bomba al carro de un señor a la salida del barrio La Primavera.

...

Gracias a la incansable gestión de los vecinos y las vecinas de La Carolina, entre ellas Mercedes Castellanos, se logró que en el barrio se implementara el programa Desayunos Infantiles con Amor, promovido por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar de Cúcuta, que consistía en que cada niño o niña recibiera todos los días un desayuno compuesto por galletas y leche o Bienestarina. Más adelante también se incluyó a las madres de familia en los programas sociales de la ciudad.

La fuerza de la ola invernal del 2010 y 2011, causada por el fenómeno de La Niña, dejó numerosos afectados en Cúcuta. En la parte más alta de La Carolina, donde todavía no había acueducto, los pozos sépticos se desbordaron y el cerro, ya erosionado, se abrió y se llevó varias casas por delante. La comunidad reaccionó y se organizó en varios comités de trabajo para exigir la garantía de sus derechos y atención por parte del Estado: hubo un comité de desastres, uno de ambiente, de salud y de educación, en los que se pudo identificar las necesidades de la población y planear acciones para prevenir futuros desastres. Desde esta fecha se estableció una mejor relación con los líderes de los barrios vecinos de este sector, gracias al apoyo que brindaron en esta difícil situación.



Los vecinos y las vecinas mayores del sector me contaron que en el 2014 se creó la Asociación del Adulto Mayor de La Carolina. Una de sus principales metas fue tener un espacio para reunirse; con este objetivo en mente, se recogieron firmas y, a través de Fabio Velandia, lo consiguieron. Se trató de un hecho que causó mucha alegría; las personas mayores que hacían parte de la asociación se organizaron para limpiar y adecuar el terreno que les entregaron. En esta misma época, nombraron a José Eliécer Páez como presidente y a Mercedes Castellanos como secretaria de la asociación, que pronto comenzó a velar por los adultos mayores del sector: no solo con celebraciones de fechas especiales, sino brindando asesorías para que accedieran a servicios ofrecidos por distintas entidades y promoviendo la actividad física.

Otro de los logros que me mencionaron en La Carolina fue que en el 2019 consiguieron por fin tener sus calles pavimentadas. Pero esta no fue una tarea fácil, pues la gente tuvo que presionar a la Alcaldía durante mucho tiempo a través de cartas y memoriales para que mejorara la malla vial. Aquí la gente sufría con los aguaceros y todo se convertía en un solo barrial... las calles estaban en peores condiciones que cuando yo estaba viva por allá en 1800 en la provincia de Socorro. Me cuentan que salir de la casa, incluso a la tienda de la esquina, se convertía en toda una odisea y la vida cotidiana se hacía más difícil.

Norela Ardila y otros líderes como José Páez, Sandra Yaneth Rodríguez, Leonor Peñalosa y Mercedes Castellanos formaron un comité de obra en el que buscaron la colaboración de sus vecinos. En el Programa Comunidad-Gobierno, la Alcaldía ponía los materiales y la gente la mano de obra para arreglar algunas vías. A medida que avanzaban, surgían necesidades como la del trompo para la mezcla de cemento, y gastos como madera, alambre y comida, entre otros. Como siempre, se repartieron los gastos adicionales entre los dueños de cada lote.

A través de este recorrido hemos visto cómo los habitantes de La Carolina han podido enfrentar unidos la pobreza, el conflicto armado, la indiferencia y hasta la fuerza de la naturaleza. Hemos visto, también, cómo han tenido que diseñar y construir sus casas y calles, organizarse para cuidar a sus niños, niñas y personas mayores, y se han fortalecido como ciudadanos para pedir atención ante las adversidades y conquistar su bienestar.

Espero que este recorrido por las memorias de nuestra comunidad te haya permitido conocer más de nuestra historia. Te invito a continuar explorando y conociendo la historia del sector Brisas del Mirador.





Sector Brisas del Mirador

Brisas del Mirador se levanta sobre lo alto del cerro Jesús Nazareno, en la parte alta de Antonia Santos y tiene varias entradas desde los barrios Los Olivos, Sabana Verde, Nueva Ilusión, Alfonso Gómez y desde el asentamiento Brisas de Paz y Futuro. Este lugar era conocido como El Espinal hace muchos años. Desde aquí se tiene una gran vista sobre la Ciudadela Juan Atalaya y al fondo se alcanza a ver la cordillera venezolana. Me cuentan que hace muchos años había un claro de tierra en donde hoy se encuentra la cancha a la que le decían «la del diablo» o «de las brujas», y los vecinos de los barrios de abajo subían a jugar fútbol allí y también a coger leña de los palos espinosos que aún se ven. En los momentos más complejos del conflicto armado, a mediados de los noventa, el cerro fue corredor de los actores armados que ejercían control en la zona. Por esta razón, en una época la gente de los barrios de abajo dejó de subir.

...

A principios de los dos mil, los primeros en llegar a esta zona fueron Faustino Lizcano y Julio Abril: lo hicieron por un camino rodeado de cujíes por el que se veían cachicamos. Faustino limpió la tierra para sacarse una parcela y Julio crió chivos. Entre el 2006 y 2007, comenzó a llegar más gente con ganas de agarrar un lote. Apartaban un pedazo y armaban su ranchito. Entre esos estaban señores como Segundo Aníbal Ortiz y Ana María Chacón.

Con la llegada de los nuevos habitantes, en el 2007, se formó una junta comunitaria en la que se pedía una colaboración para traer máquinas para aplanar el terreno y poder construir con mayor facilidad en el cerro. A medida que iban llegando los vecinos de Brisas del Mirador, se iban organizando a lo largo de la calle principal. Los primeros en hacer sus casas usaron plásticos o tablas. Las familias siguieron llegando en los años siguientes, por grupos



o una detrás de otra, desplazadas por la violencia o simplemente porque «no tenían con qué pagar un arriendo», según me contó Carmen, vecina de Brisas del Mirador. Venían de otros lugares de Cúcuta, del Catatumbo, Ocaña, de otros pueblos de Norte de Santander, de la vecina Venezuela, o de sitios tan distantes como Cauca, Nariño y Putumayo.

Debido a las precarias condiciones en las que vivían sus habitantes, estos trabajaban en lo que saliera: en el rebusque, la construcción o el servicio doméstico. Y con lo poco que ganaban iban arreglando sus casas. Cuando conversé con los primeros pobladores, estos me decían que aquí no había agua, luz, gas, ni vías; lo único que había en abundancia era el aire que refresca desde la altura los más de treinta grados de temperatura que suele tener Cúcuta.

A Brisas, como le dicen algunos, al principio se subía por escaleras. Cuando las personas se enfermaban, no había carretera para llevarlas rápido a que las atendieran. El agua había que subirla cargada y cada familia llenaba potes, baldes u ollas, lo que pudieran cargar cerro arriba. Desde los más pequeños hasta los más viejos cargaban agua desde los barrios que quedan al pie del cerro del Nazareno. Los habitantes más antiguos tuvieron que dar dinero para construir una primera tubería conectada a una pila pública que traía agua solo una vez por semana. En el 2011, Miguel Muñoz comenzó a averiguar en la Alcaldía y en la empresa municipal cómo se podía hacer para poder llevar agua potable a cada casa; le dijeron que la comunidad de Brisas del Mirador debía reunirse para ver cuánto valía la tubería y pagar por ella. El cálculo dio 25 millones de pesos. Varios líderes como Víctor Pabón, Segundo Ortiz, Miguel Muñoz, Israel Barbosa, Amparo Flórez y Ana Mercedes Peñalosa se organizaron para recoger el dinero, yendo de casa en casa y preguntando cuánto podía aportar cada familia. Esta labor no fue fácil, porque los habitantes no tenían dinero para su subsistencia básica, así que mucho menos para pagar por una tubería que debía ser entregada por la administración municipal o la empresa de acueducto y alcantarillado. Sin embargo, con mucho esfuerzo lograron recoger el dinero poco a poco, en cuotas que abonaban a la empresa de aguas; las obras de instalación de la tubería iniciaron en el año 2012, aunque en ese momento no habían terminado de pagar los 25 millones de pesos.

Mientras se lograba el acceso pleno al servicio de agua domiciliario, desde el 2012 la comunidad compró puntos de suministro de agua en la parte de abajo, que servían para abastecer a varias familias. El encargado inicial de comprar esos puntos fue Miguel Muñoz, y después la comunidad eligió a Rosalba González como responsable. Había que comprar varios metros de manguera para que subieran el agua. En calles como la 16, la presión era suficiente para que el agua subiera, pero



en las calles 6, 12, 14 y 15 tocaba emplear una electrobomba. La precariedad del sistema de bombeo de agua dificultó que todas las personas tuvieran acceso al agua al mismo tiempo y los vecinos tenían que organizarse para recibirla. «¿Entonces qué hacíamos ahí? Hoy le toca a usted, mañana le toca a usted... eso era por turnos, porque para el mismo tiempo para todos no había la misma cantidad de agua, entonces eso era por días que nos tocaba», me dijo Amparo, vecina de Brisas del Mirador. Por fin, a finales del 2014 los vecinos alcanzaron la meta de los 25 millones de pesos que les habían pedido. Duraron cuatro años ahorrando y pagando su soñada tubería, y el agua llegó a cada casa ese año.

El acceso a los demás servicios públicos domiciliarios tiene una historia parecida de unión comunitaria. Al principio, la gente compró unas guayas con las que se conectaban a la red de energía de las casas de abajo, pero la luz se iba de repente cuando muchos se conectaban al mismo tiempo. Después, la empresa de energía eléctrica instaló un contador comunitario que les daba luz a muchas casas. En esta época era la señora Rosalba quien administraba el pago de la luz, que debía dividirse entre todos. Pero muchas veces algunos no alcanzaban a pagar, así que el servicio era intermitente y todos debían costear la reconexión a la red. Esto pasó durante un tiempo hasta que David Bernal le pidió a la empresa de energía que pusiera contadores de luz por cada casa, pero esta se negó, argumentando que Brisas del Mirador era un barrio de invasión. Nuevamente, la condición de formación del barrio les impedía que accedieran a los servicios públicos domiciliarios básicos para llevar una vida en condiciones de dignidad.

Una tragedia motivó aún más la unión entre los vecinos para tener un servicio de luz constante. Ocurrió un accidente en el que murió una niña en una casa que no tenía luz y donde la familia se alumbraba con velas. Rosalba González, a nombre de los vecinos, envió varios derechos de petición a la empresa de energía eléctrica para que instalaran la luz en cada vivienda, pero la respuesta fue negativa y la empresa alegaba que Brisas era «zona de alto riesgo». Tocaron las puertas de la Defensoría del Pueblo y de la Alcaldía municipal, pues era inconcebible la falta de atención de la empresa de energía. La luz llegó finalmente en el 2015. La lucha por tener todos los servicios públicos domiciliarios fue permanente y solo hasta el 2019 las personas de Brisas del Mirador lograron acceder al servicio de gas.

...

A mediados de la primera década del dos mil se hicieron los primeros arreglos de una incipiente carretera hasta Brisas del Mirador. Fue un proceso liderado por Carmen Palencia y Juan Pablo Rodríguez. En los primeros años de existencia del



sector, había varias entradas, una por la calle 17, otra por la calle 1, y una por la calle 10, pero esta era muy empinada. Cuando llovía, la entrada y la salida de Brisas se ponían muy difíciles y los carros no podían entrar. Algunos vecinos intentaban con sus propios medios y recursos arreglar la vía ante la urgencia de comunicarse con el resto del barrio y de Cúcuta. David Bernal propuso traer volquetadas de recebo para hacer un arreglo más definitivo en la complicada calle 10, y poner una placa huella.

Junto a Amparo Flórez, lideró la misión de recoger fondos entre los vecinos: entre todos llegaron a pagar hasta cinco viajes de recebo para la vía. En el 2016, Rosalba González acudió a la Alcaldía y esta le propuso una salida para la pavimentación: la implementación del Programa Comunidad-Gobierno, con el que la comunidad ponía la mano de obra y el Gobierno municipal los materiales. Todos colaboraron, pero fueron los jóvenes quienes le metieron el hombro a la tarea de la pavimentación de las calles. «¿Se acuerdan que muchas veces trabajaron más que los adultos?», me preguntó Amparo, vecina de Brisas del Mirador.

...

Todo lo que ha conseguido la gente de Brisas de Mirador fue ganado a pulso y sus manos llevan la historia de su joven comunidad. Cada uno ha aportado con trabajo, dinero o favores de todo tipo para ayudarse mutuamente en el día a día, a pesar de que muchos de los vecinos pasan necesidades porque no tienen un trabajo estable o no pueden acceder a educación, y a pesar de que la comunidad ha tenido que desarrollarse en medio de pobreza, presencia de actores armados, señalamientos y desconfianza de quienes miran con recelo a los que viven en este cerro.

Los habitantes de Brisas del Mirador han seguido unidos a la hora de exigir sus derechos y cuidarse unos a otros, a pesar de la falta de oportunidades y la violencia. Por ejemplo, hace poco consiguieron construir una caseta comunal para hacer sus reuniones cívicas o actividades religiosas como novenas, misas y catequesis. Personas como Amparo Flórez, que ha liderado actividades con jóvenes, y Rosalba González, que ha trabajado con personas mayores, han sido de gran importancia. Sumado a ellas, el comité de impulso ha contribuido a organizar distintas actividades colectivas, como eventos deportivos. Es decir, se ha seguido trabajando por realizar actividades y crear espacios en los que la comunidad se fortalezca y comprenda que unida puede seguir luchando por su bienestar.

Espero que te haya gustado este relato. Por favor, sigue esta exposición itinerante en los barrios del sector Antonia Santos, donde te guiaré por la historia de los habitantes de Antonia Santos, Sabana Verde, La Carolina y Los Olivos.





Referencias

- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2014). *Aportes teóricos y metodológicos para la evaluación de los daños causados por la violencia*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2016). *Con licencia para desplazar: masacres y configuración territorial en Tibú, Catatumbo*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2018). *Tomas y ataques guerrilleros (1965-2013)*. CNMH-IEPRI.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2023). *El estallido de un trueno ajeno. Memorias de sobrevivientes al Bloque Catatumbo. Tomo I*. CNMH.
- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad (CEV) (2022). *Tomo 11. Vol. 6 Frontera Nororiental*. En: *Hay futuro si hay verdad: Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición*. <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>.
- El Tiempo* (1996, 3 de junio). *Indigentes se rehabilitarán para evitar limpieza social*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-308738>.
- El Tiempo* (1998, 4 de agosto). *Cruentos ataques en cinco departamentos*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-813505>.
- El Tiempo* (2001, 23 de febrero). *Masacran a 7 personas en parque de Cúcuta*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-606106>.
- Fundación Ideas para la Paz (2017). *Ejército Popular de Liberación (EPL) o Los Pelusos*. En: *Crimen organizado y saboteadores armados en tiempos de transición*. Series Informes N. 27. Bogotá.
- García, V. y Trejos, L. (2021). *Las tramas del conflicto prolongado en la frontera colombo-venezolana: un análisis de las violencias y actores armados en el contexto del posacuerdo de paz*. Colombia Internacional. <http://journals.openedition.org/colombiaint/1110>.
- Granados, J. C. y Gamba, L. M. (2021, 4 de enero). *Desaparición y asesinatos: la mal llamada 'limpieza social' en Cúcuta*. Rutas del conflicto. <https://rutasdelconflicto.com/notas/desaparicion-asesinatos-la-mal-llamada-limpieza-social-cucuta>.
- La opinión* (2021, 26 de marzo). *Antonia Santos, encaminado a la paz y el progreso*. <https://www.laopinion.com.co/comunidad/antonia-santos-encaminado-la-paz-y-el-progreso>.
- Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC) (2023). *Consulta bases de datos Observatorio de Memoria y Conflicto*. Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Rutas del Conflicto (2019a, 11 de octubre). *Masacre de Cúcuta-El Estanco*. Rutas del Conflicto. <https://rutasdelconflicto.com/masacres/cucuta-el-estanco>.

- Rutas del Conflicto (2019b, 14 de octubre). *Masacre del barrio Antonia Santos, Cúcuta, febrero de 2001*. Rutas del Conflicto. <https://rutasdelconflicto.com/masacres/barrio-antonia-santos-cucuta-febrero-2001>.
- Rutas del Conflicto (2019c, 14 de octubre). *Masacre de Cúcuta, agosto de 1999*. Rutas del Conflicto. <https://rutasdelconflicto.com/masacres/cucuta-agosto-1999>.
- Rutas del Conflicto (2019d, 14 de octubre). *Masacre de Cúcuta, mayo de 2001*. Rutas del Conflicto. <https://rutasdelconflicto.com/masacres/cucuta-mayo-2001>.
- Rutas del Conflicto (2019e, 14 de octubre). *Masacre de Cecilia Castro, Cúcuta, mayo de 2002*. Rutas del Conflicto. <https://rutasdelConflicto.com/masacres/cecilia-castro-cucuta-mayo-2002>.
- Rutas del Conflicto (2019f, 15 de octubre). *Masacre de Juan Atalaya, Cúcuta, mayo 2002*. Rutas del Conflicto. <https://rutasdelConflicto.com/masacres/juan-atalaya-cucuta-mayo-2002>.
- Rutas del Conflicto (2019g, 15 de octubre). *Masacre de barrio Carlos Ramírez, Cúcuta*. Rutas del Conflicto. <https://rutasdelConflicto.com/masacres/barrio-carlos-ramirez-cucuta>.
- Rutas del Conflicto (2019h, 15 de octubre). *Masacre de La Victoria, Cúcuta, 2002*. Rutas del Conflicto. <https://rutasdelConflicto.com/masacres/la-victoria-cucuta-2002>.
- Rutas del Conflicto (2019i, 15 de octubre). *Masacre de Cecilia Castro, Cúcuta, 2002*. Rutas del Conflicto. <https://rutasdelConflicto.com/masacres/cecilia-castro-cucuta-2002>.
- UARIV (s. f.). *La comunidad del sector Antonia Santos*. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/la-comunidad-del-sector-antonia-santos/251>.
- UARIV y Corporación Escuela Galán (2014). *Diagnóstico del daño Sujeto de Reparación Colectiva del sector Antonia Santos (Barrios: Antonia Santos, Los Olivos, Sabana Verde, Las Carolinas, La Primavera y Asentamiento Las Brisas), municipio de Cúcuta, departamento: Norte de Santander*. Bogotá.
- Verdad Abierta (2008, 21 de octubre). *El nido de Las Águilas (Semana)*. <https://verdadabierta.com/el-nido-de-las-aguilas/>.
- Verdad Abierta (2009, 16 de enero). *Medida de aseguramiento para alias 'El Iguano'*. <https://verdadabierta.com/medida-de-aseguramiento-para-alias-el-iguano/>.
- Verdad Abierta (2016, 15 de marzo). *La violencia contra los indeseables*. <https://verdadabierta.com/la-violencia-contra-los-indeseables/>.
- Villarraga, Á. (2005) *Paz, te han vestido de negro. Estudio sobre los derechos Humanos en Cúcuta, en el contexto de la violencia y el conflicto armado en Norte de Santander*. Fucude.



Historias de mi barrio Antonia Santos. Exposición itinerante aborda el proceso de reconstrucción de memoria histórica que el Centro Nacional de Memoria Histórica realizó con el sujeto de reparación colectiva sector Antonia Santos, el cual está compuesto por los barrios Los Olivos, Sabana Verde, Antonia Santos y los sectores La Carolina y Brisas del Mirador de la ciudad de Cúcuta.

Este catálogo, que fue construido con las y los vecinos del sector de Antonia Santos, busca mostrar la historia de los procesos comunitarios de autogestión a través de los que construyeron su barrio, así como las afectaciones y resistencias de esta población en el marco del conflicto armado interno colombiano.



Prosperidad Social



Centro Nacional
de Memoria Histórica